

ALONSO, Gregorio, *La nación en capilla. Ciudadanía católica y cuestión religiosa en España (1793-1874)*, Granada, Comares Historia, 2014, 376 pp.

Al acercarnos a las páginas de *La Nación en Capilla* sorprende, en primer lugar, la capacidad de su autor para distinguir con precisión los aspectos que rodean la relación entre política y religión, desde la perspectiva de la secularización decimonónica, teniendo en cuenta la complejidad del concepto. A primera vista se trata de un proceso caracterizado por la regresión social de la religión del que deriva una nueva forma de concebir el mundo. Pero la secularización no es un aspecto más ligado a la modernización. La idea de un mundo sacro o plenamente secularizado no se presenta en estado puro. No existe como concepto general, simple y unívoco, corolario del curso modernizador. Se manifiesta más bien como un fenómeno de “guadianización” que obliga a incluir constantes matices y nuevas interpretaciones capaces de ampliar enfoques que giran exclusivamente sobre el estudio de las relaciones Iglesia y Estado.

Un análisis en profundidad nos lleva a tratar de calibrar sus manifestaciones e impacto social, siendo en este sentido el anticlericalismo una de las que ha propiciado más debates en torno a su naturaleza, ya que toca tanto la esfera política y económica como la social. En realidad puede concebirse como una faceta más de la progresiva pero desigual mengua del control eclesiástico sobre la vida de las gentes, visible en muchos campos. Algunas de las posiciones que intentan definirlo o encuadrarlo están impregnadas por una primera interpretación negativa que lo presenta como algo destructivo e irracional. Sin embargo, las variadas dimensiones que adquiere a lo largo del siglo XIX ponen de manifiesto dos elementos clave: por una parte la necesidad de superar tanto las simplificaciones como las categorizaciones excesivas, que establecen tipologías de “anticlericalismos” en función de los discursos que los envuelven y que los interpretan como erupciones inconexas; por otra, que el telón de fondo sobre el que se manifiesta este fenómeno es un desajuste crónico entre una Iglesia identificada con posiciones absolutistas y

una construcción coherente del liberalismo. Los puntos más álgidos del conflicto clerical-anticlerical ponen de manifiesto la polarización social y la inestabilidad política que caracteriza la construcción del liberalismo hispano en su encuentro con la esfera religiosa. Así pues, la secularización, desde una perspectiva amplia, y el anticlericalismo, en sus momentos de particular intensidad, evidencian que la dinámica política, institucional e identitaria estaban sufriendo una transformación de gran calado que tocará directamente los andamiajes legitimadores de las estructuras sociopolíticas.

La complejidad dialéctica de esta obra se desenvuelve en un marco cronológico amplio que permite al autor realizar un análisis pormenorizado del conflicto, desde los primeros discursos contra el comportamiento del clero, con una clara vinculación moralizante, hasta su punto culminante representado por la Constitución de 1873 y su clara apuesta por la separación de la Iglesia y el Estado. La aparente linealidad cronológica no es más que el escenario sobre el que se sitúan diversos actores y tramas con el objetivo de reflejar y reflexionar sobre los avances y los retrocesos de una pulsión secularizadora con entidad propia que se manifiesta con fuerza frente a la idea de un catolicismo inscrito en el ADN social hispano.

Desde estos planteamientos el libro, a través de un relato atractivo y muy documentado, parte de la géne-

sis y el desarrollo de las sucesivas estrategias diseñadas para construir una ciudadanía católica a través del compromiso confesional, visible en los diferentes hitos constitucionales desde 1810. Con mayor o menor intensidad los privilegios cedidos al clero en materia de control social buscaron consolidar un liberalismo fundamentado en el orden y en una idea nacional vinculada al catolicismo como fuerza vertebradora, capaz de definir una realidad nacional única, sin fisuras. Por tanto, con los moderados en el poder la confesionalidad se asume como un referente identitario, consustancial a la idea de españolidad. La enorme ascendencia de la Iglesia en materia educativa y en general social configura un entramado discursivo en torno a un horizonte en el que convergen las creencias y los valores de la ciudadanía. Pero sus resultados no fueron los esperados ya que no solo quedó excluida la tolerancia religiosa de ese horizonte, sino también la posibilidad de incorporar plenamente conceptos como soberanía nacional o libertades individuales inherentes al propio desarrollo del liberalismo.

A partir del marco cronológico Gregorio Alonso compone tres áreas de estudio bien definidas. En primer lugar dibuja la situación de las relaciones de la Iglesia con el Estado en el último tramo del Antiguo Régimen. Para ello, se centra en la dinámica del sistema regalista y la construcción del

pensamiento teocrático, un aspecto de gran relevancia, fundamental para comprender la posterior adopción de una estrategia de resistencia violenta a las instituciones liberales por parte de algunos sectores del clero. El segundo campo de análisis se centra en las fórmulas utilizadas en la construcción de una ciudadanía católica durante la etapa moderada. En este sentido el Concordato de 1851 es la expresión más clara tanto de la utilización de la Iglesia como transmisora de los valores liberales como de los privilegios adquiridos por la Institución. En el tercer bloque el autor analiza el impacto social de la dinámica secularizadora impulsada por las fuerzas progresistas, con un claro protagonismo del discurso anticlerical en sus diversas manifestaciones y especialmente su incorporación a la cultura política republicana y laica, como elemento identitario de la misma. Destaca en este sentido el análisis del Sexenio Democrático, un periodo que logró encarnar la fuerza del proceso secularizador en su punto culminante, con la idea de progreso, las aspiraciones modernizadoras y la eferescencia anticlerical que lo representaron en todo momento pero que también dejaron al descubierto sus incoherencias. Las múltiples propuestas sobre cómo materializar el “deber ser abstracto” que diría Aranguren, evidencian la debilidad de un movimiento que oscila entre la convivencia

pacífica con una Iglesia y un clero regenerado hasta los más contundentes rechazos a la Institución, como símbolo evidente de los poderes que la revolución debía erradicar si quería ver triunfar el proyecto modernizador. Una dispersión que aprovechó la Iglesia como garante de orden y estabilidad para contrarrestar el embate del progresismo y tratar de proteger sus privilegios.

En definitiva, es un libro que replantea el análisis del catolicismo español en su encuentro con las estructuras del liberalismo, desde una perspectiva temporal y temática amplia, lo que es de agradecer no solo porque trata de superar las simplificaciones derivadas de los análisis exclusivamente políticos o sociales, sino porque los integra en un mismo texto, con el consiguiente esfuerzo de comprensión y síntesis. En suma, un análisis profundo, fundamentado en una profusa y diversa utilización de fuentes, sobre una transformación clave que determinó no solo el devenir político, social o identitario de nuestra historia durante el siglo XIX, sino que como indica el propio autor, ayuda a comprender la importancia y la imbricación del catolicismo en el tejido sociopolítico de la España actual. El libro de Gregorio Alonso es indudablemente una contribución muy importante en esta dirección.

ALICIA MIRA ABAD
Universidad de Alicante

COLETES BLANCO, Agustín; LASPRA RODRÍGUEZ, Alicia, (eds. y trads.), *Libertad frente a Tiranía: Poesía inglesa de la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. *Antología Bilingüe*, Madrid y Barcelona, Espasa Libros, 2013, 432 pp.

La Guerra de la Independencia, que los ingleses llaman Guerra Peninsular, tuvo su literatura de primera mano, es decir, literatura de combate y de línea de fuego además de las posteriores recreaciones sobre todo narrativas y más o menos históricas. Fuera de España, el pintoresquismo orientalizante con que la imaginaban muchos escritores, unido a las especiales características de la guerra en este suelo, cuyos aspectos más destacados fueron la guerrilla, en el orden militar y la brutalidad en todos los órdenes, constituyeron un filón muy considerable. Una de las primeras muestras es *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, del conde polaco Jan Potocki, casi interminable narración fantasmagórica, romántica y folklórica, en un sentido mucho más exaltado que el de la obra que se tiene como iniciadora y guía de una visión folklóricamente desencajada de España, la *Carmen* de Merimée. A esta obra se le echa encima el San Benito de iniciadora del folclorismo andaluz, cuando tan dudoso mérito corresponde más bien a la ópera de Bizet, inspirada en ella, ya que Merimée conocía suficientemente España como para no

incurrir en tantas exageraciones. *El manuscrito encontrado en Zaragoza* procede directamente de la novela picaresca y abre las puertas a muchos tópicos sobre España. Otra novela fantasmagórica, de atmósfera tenebrosa, es *El marqués de Bolibar*, de Leo Perutz, un excelente narrador checo que, no obstante, nunca alcanzó el reconocimiento que merece. Su mundo literario es muy variado: desde la Praga de la época del extraño emperador Rodolfo II hasta las angustias de un hombre que huye esposado de la persecución policial, Perutz se adentró en episodios históricos de los que pudo sacar material fantástico, y así, en plena guerra napoleónica, aparece el *Judío errante en la Bisbal bajo cielos invernales*. Otras novelas extranjeras sobre la Guerra de la Independencia que alcanzaron popularidad son *Las aventuras de Gérard* de Arthur Conan Doyle, sobre un oficial francés fanfarrón e incompetente; *El cañón*, de C. S. Forester sobre la que Stanley Cramer dirigió una versión cinematográfica titulada *Orgullo y pasión*, y el excelente relato *Fue a echar una ojeada a los caballos* de H. Bean Piper, sobre un cuento clásico de la ciencia ficción, el agujero en el tiempo, por el que un oficial inglés llamado Arthur Wellesley se pregunta quién podrá ser cierto Lord Wellington nombrado con abrumadora insistencia en unos documentos secretos que habían llegado a sus manos. Joseph Conrad, uno de los grandes

autores del siglo XX y uno de los que verdaderamente merece la pena leer, acudió con frecuencia a las guerras napoleónicas: en *El hermano de la costa* con el mar como fondo, su escenario favorito y el que mejor conoce, y *El duelo* que tiene por asunto las campañas de Napoleón, desde las primeras hasta el ocaso de Waterloo, a lo largo de las cuales dos empecinados oficiales sostienen un duelo sin fin a causa de una bagatela. En otra novela corta, *La posada de las dos brujas*, ofrece un ejemplo literario de la intervención inglesa en la guerra española, tan profundamente estudiada por la profesora Alicia Laspra en su libro *Intervencionismo y revolución*. Un oficial británico llamado Edgar Byrne arriba a una costa escarpada y oscura, de altos acantilados y bañada por un mar turbulento, para entrevistarse con un guerrillero que se encuentra en las montañas. Las montañas están a la vista, casi surgiendo de la misma costa, y de manera explícita se declara que aquel lugar es Asturias. No es esta la única ocasión en que Conrad se acerca al Golfo de Vizcaya que nosotros llamamos Mar Cantábrico, y por el cual el novelista había navegado en su juventud, cuando hacía contrabando para los carlistas, y a cuya guerra se refiere en la novela *La flecha de oro* y en el episodio *El tremolino*, que forma parte de *El espejo del mar*.

A la guerra entre españoles y franceses, y entre españoles y españoles,

pronto se agregaron los ingleses, y la intervención británica en la Península Ibérica pondría en movimiento a los poetas ingleses, tanto a los reconocidos como a muchos aficionados. La condición romántica de España les daba una oportunidad que no desaprovecharon. Algunos poetas estuvieron presentes desde los primeros momentos y mantuvieron una actitud decidida en relación con el papel que debía desempeñar Inglaterra en la guerra que comenzaba en España contra la invasión napoleónica. La petición de ayuda por parte de los españoles fue atendida de inmediato. “En un principio, la acogida de las demandas españolas en Inglaterra fue verdaderamente entusiasta y una mezcla de simpatía y cautela las acompañó en otros países —escribe Emilio de Diego en *España, el infierno de Napoleón*—. Desde el comienzo, los ministros más influyentes de Jorge III vieron, en la insurrección que sacudía España, una oportunidad de abrir el frente decisivo contra Napoleón. Era la oportunidad de hacer realidad el viejo sueño de Pitt y poner en vías de confirmación la idea de R. Southey, que había escrito a S. T. Coleridge “si Europa ha de ser redimida en nuestros días, sabe usted que siempre he sido de la opinión de que el esfuerzo inicial tendrá lugar en España”. De los poetas más conocidos en aquel momento, Robert Southey era quien mejor conocía España y Portugal, a las que había visitado en 1795 y sobre las que

publicó *Letters written during a short Residence in Spain and Portugal*, aparecido en 1797. Al lado de Wordsworth y Coleridge, con quienes vivió en la región de los Lagos, iniciándose de este modo el primer romanticismo inglés, su prestigio ha disminuido bastante, y ya en tiempo de Richard Ford critica sus apreciaciones sobre la ciudad española de Benavente, considerándolas “pura imaginación de poeta laureado”. Ian Robertson escribe a propósito de su relación con España: “Existen abundantes pruebas de que toda su vida siguió interesado por España, aunque en esta obra se muestra con más frecuencia crítico que elogioso, por mucho que hubiese gozado con su viaje si lo consideramos retrospectivamente; pero, como insinúa Rose Mauculay, Southey era un criticón nato”.

Estos poetas, que por patriotas ingleses cantaron como patriotas españoles, son el contenido del bello libro *Libertad frente a Tiranía: Poesía inglesa de la Guerra de la Independencia (1808-1814). Antología bilingüe*, dedicado precisamente “a los patriotas españoles de todas las épocas”, compuesto y escrito por Alicia Laspra y Agustín Coletes, de la Universidad de Oviedo. De la profesora Laspra ya hemos mencionado su fundamental *Intervencionismo y revolución*; entre las recientes publicaciones del profesor Coletes, autor de un estudio fundamental sobre Pérez de Ayala y Gran Bretaña, se cuenta con las magníficas ediciones y traducciones del *Viaje*

a las islas occidentales de Escocia de Samuel Johnson y de *Cartas y poesías mediterráneas* de Lord Byron. He escrito “bello libro” a propósito de éste cuyo título abreviado es *Poesía inglesa*, publicado con esmero, incluso con lujo, por la Fundación Dos de Mayo, creada por la Comunidad de Madrid con motivo de cumplirse los doscientos años del comienzo de la Guerra de la Independencia, con cuidada y clara impresión, bilingüe la de los poemas, con una curiosa y pintoresca estampa a modo de portada: el grabado coloreado a mano que lleva el explicativo título de *Los nobles españoles, o Britania prestando ayuda a la causa de la libertad por todo el mundo, ¡sea amigos o enemigos!*, de George Cruikshank, y que bien podría representar a la tropa reclutada por Sir John Falstaff. Por lo demás, se trata de un trabajo de importancia tanto literaria como histórica. En numerosos casos, los textos reunidos, aunque vayan en verso, tienen mayor valor como documento histórico que como poesía. Por otra parte, esta poesía, claramente circunstancial, es poco conocida por los españoles, que también desconocen, por lo general, a la propia, reduciéndose a “Oigo, patria, tu aflicción” y poco más. Los autores declaran en el prólogo: “Existe, naturalmente, literatura española sobre la guerra escrita durante los años de conflicto y ha recibido cierto grado de atención por parte de la crítica especializada, pero ha pasado mucho más

desapercibido el hecho de que también se dio una abundante 'literatura de combate' escrita en otros tantos varios idiomas tanto a favor de la causa aliada como de la napoleónica: principalmente inglés, francés, alemán y portugués en el primer caso, y fundamentalmente francés, italiano, alemán y polaco en el segundo. El libro que el lector tiene en sus manos ha supuesto la elección de una de las múltiples combinatorias de este peculiar fenómeno: a saber, poesía, escrita en inglés, durante la guerra".

En principio estamos ante una antología que es algo más que una antología. Porque también es la documentación histórica de la actitud de algunos poetas ingleses con respecto a los acontecimientos bélicos que tenían lugar más allá de sus fronteras: "poesía comprometida" en una palabra, aunque no lo sea en el sentido sarriano, pero ¿no es comprometida toda poesía que toma posición, y en este sentido deberemos considerar, aunque no sea su aspecto más importante, es obvio, poemas como la *Farsalia* de Lucano y *La divina comedia* de Dante? Los poetas reunidos en este libro toman unánimemente partido por la libertad. No por una libertad abstracta, de discurso encendido u oda declamatoria, sino por un concepto más concreto e inmediato. ¿Qué es la libertad para ellos? Estar libres de Napoleón y, en consecuencia, que el resto de Europa lo esté. Para aquellos ingleses que entendían la libertad como

manera de vida, de su vida, el Gran Corso representaba todo lo contrario, la tiranía. Siglo y medio más tarde el mismo espíritu se mantiene en pie, enfrentándose la isla a un tirano mucho más cruel y mucho más abyecto que Napoleón y en cuya expresión tampoco faltaron las grandes palabras que Winston Churchill toma prestadas de Shakespeare repitiendo la arenga de Enrique V antes de Azincourt, en términos más dramáticos pero expresando una indestructible confianza como la de aquellos ingleses sobre los campos de Francia que cuando fueran viejos festejarían con sus vecinos el día de San Crispín y San Crispiniano, zapateros: "estoy seguro de que nuestra causa no puede fallar entre los hombres", afirmó Churchill.

Esa misma confianza se advierte en buena parte de los poemas recogidos por Laspra y Coletes. No son poemas de victoria. La poesía que canta la victoria suele ser de rango inferior, porque el ditirambo es menos poético que la elegía. Gilbert Murray señala que en la poesía de la Antigüedad solo los poemas victoriosos alcanzaron una gran altura poética, el canto triunfal de Débora que figura en el Libro de los Jueces y *Los persas* de Esquilo. Lo demás suele estar invadido por retórica insatisfecha. Por lo que tal vez el poema más intenso de este libro, en el que no faltan las elegías como la dedicada al marqués de la Romana, sea el recuerdo de una desoladora derrota en *El entierro de*

Sir John Moore tras la batalla de La Coruña de Charles Wolfe:

No se oyeron tambores
ni marchas fúnebres
Al acarrear presurosos
su cuerpo a la muralla;
Para despedir a nuestro
héroe ante su tumba
No hubo soldados que
descargaran sus armas.

Es, por lo demás, un poema de escenografía plenamente romántica en el que no faltan la noche (“le enterramos en la oscuridad de la noche”) ni la luna (“y el rayo de la luna que rasgaba las tinieblas”). Y los versos finales de este breve poema son grandiosos:

No cincelamos una línea,
no levantamos lápida alguna
—Le dejamos allí a solas,
con su gloria—.

El material sobre el que trabajaron los autores es abundantísimo, por lo que se imponía una selección. Muchos de los poemas fueron escritos a bote pronto, a raíz de la noticia de una victoria o de un desastre, y esta inmediatez, según los antólogos, es poesía: “Poesía porque se trata de un género literario que implica inmediatez y fuerza expresiva en la respuesta, y, por tanto, en la mediación entre el autor y el público”. A esta poesía “de combate” concurren poetas conocidos, profesionales, por así decirlo, y otros espontáneos, incluso anónimos. Esta característica de los poetas es la base

de uno de los criterios sobre los que se asienta la distribución de la antología: de un lado los poetas consagrados (Felicia Hemans, William Wordsworth, Lord Byron, Walter Scott, Charles Wolfe y Robert Southey); de otro los autores relevantes en su época pero poco conocidos en esta (Eyles Irwin, Anna Maria Porter, John Wilson Croker, William Sotheby, John Gwilliam, Anna Laetitia Barbauld, Laura Sophia Temple, Richard Pearson, Anne MacVicar Grant, Thomas Moore y el no identificado refugiado bajo el pseudónimo de Hispanicus) y, en fin, la poesía publicada en la prensa, en la que se repiten los nombres de Thomas Moore y Eyles Irwin junto con otros que firman con las iniciales o van sin firma.

Con buen criterio, cada uno de los “poetas consagrados” va precedido de una introducción; la introducción de los demás apartados es de carácter general. Reparemos, de manera especial, en las introducciones del primer grupo, textos de un interés crítico notable, dado que algunos de los poetas no han sido abordados críticamente entre nosotros. Con las adecuadas síntesis, se resumen las obras de poetas como Wordsworth o Southey, poco frecuentados por la crítica española, o de otros como Sir Walter Scott, evidentemente más conocido por su obra en prosa y por sus novelas históricas, tan populares y que aún se leen con agrado e interés (¿quién puede ignorar al autor de *Ivanhoe* de *Quintín Dur-*

ward, de *El talismán*, de Rob Roy, de *El anticuario*, al que debemos tardes inolvidables de amena lectura, por no mencionar las vibrantes adaptaciones cinematográficas de Richard Thorpe que fueron la delicia de nuestra infancia?) y antinapoleónico fervoroso, autor de una extensa biografía de Napoleón, escrita, según supongo, más que nada para expresar su beligerancia contra el biografiado. No menor en popularidad es Lord Byron, un poeta que, al igual que García Lorca y pocos más, es admirado por personas a las que no les gusta la poesía, lo que no sé si es bueno o no lo es. Byron, es de los poetas “consagrados” antologizados, el único, junto con Southey, que había pisado España, aunque me temo que mientras Southey se daba cuenta de que estaba en España, en la línea de Edward Clark o Joseph Townsend, Byron creía que ya estaba en Oriente, como William Beckford. En *Las peregrinaciones de Childe Harold* se puede encontrar cualquier cosa que se busque, desde episodios galantes y aventureros hasta la batalla de Waterloo; no faltan el tono declamatorio ni la arenga:

¡Oh bella, admirada
España, romántico país!
¿Dónde está aquella bandera
que Pelayo enarboló...?

La contribución de Wordsworth es más reposada, como corresponde a un poeta de costumbres sedentarias (todo lo contrario que Byron). No entro en si se puede ser poeta haciendo

la vida de un propietario rural, pero al menos hay más tiempo para escribir que si se anda correteando por el mundo. Al igual que Coleridge se había interesado en la juventud, hasta entusiasmado, con la Revolución Francesa; pero siendo un ejemplo más de que quien no es radical en su juventud no tiene corazón y quien continúa siéndolo a los cuarenta años no tiene cabeza, oportunamente cambió de rumbo a su debido tiempo y, como escriben Laspra y Coletes, “la guerra y lo que ve como malignidad diabólica de Napoleón reemplazarían definitivamente a la Revolución Francesa en sus preocupaciones intelectuales y vitales”. Sin necesidad de salir de Inglaterra, Wordsworth le dedicó suma atención a la guerra peninsular escribiendo ya en mayo de 1808, cuando todavía no se había producido la intervención inglesa, un poema que no publicó. La antología incorpora los catorce sonetos escritos entre 1808 y 1811 pertenecientes a la serie *Poemas dedicados a la independencia nacional y la libertad*, y es en esta ocasión la primera vez que los catorce sonetos se publican en español, y aparecen reunidos con la numeración, en números romanos, en que figuraban en el conjunto original. Algunos de estos poemas ya habían sido traducidos por Stanley Richardson y Luis Cernuda, como “Cólera de un español altanero”, “Sentimientos de un noble vizcaíno en uno de aquellos entierros”, ambos de 1810, y “El árbol de

Guernica”. Pero solo cobran sentido al ser publicados los sonetos en su totalidad. Por ejemplo, no se entiende el titulado “El sentir de un noble vizcaíno en uno de aquellos funerales” sin haber leído el soneto que le precede, “Cumpliendo así un rito ancestral”.

Southey pone la entonación épica en las inscripciones para el campo de batalla de Talavera y para un monumento en La Albuera: un poco largas para inscripciones destinadas a la piedra, y en una selección del, un poco monótono, *Carmen Triumphale para el comienzo de 1814*. La contribución de Felicia Hemans es no menos entusiasta y prolija.

Estamos ante una antología importante por muchos motivos. El primero, porque documenta unas actitudes poéticas poco conocidas en español, y, sobre todo, porque algunas de estas muestras poéticas son auténtica poesía.

IGNACIO GRACIA NORIEGA
Escritor

BARBASTRO GIL, Luis, *El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814). La huella del afrancesamiento*, prólogo de Antonio Moliner Prada, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2013, 407 pp.

El factor religioso tuvo un papel social crucial en el proceso de tránsito

del Antiguo Régimen a la contemporaneidad. Se trata, en consecuencia, de un proceso que ha sido estudiado con profusión desde diversos enfoques y disciplinas sociales. La importancia que adquirió la cuestión religiosa, y más concretamente la tradicional catolicidad de la monarquía hispana, desde el mismo inicio de la Guerra de la Independencia española, es un elemento que fue muy discutido e instrumentalizado por quienes vivieron la guerra y vieron brotar en España la revolución liberal y hoy día aún sigue siendo objeto de debate entre los historiadores. La religión se erigió en un instrumento de propaganda de primer orden para los dos bandos enfrentados en la contienda y, por ende, se convirtió en uno de los principales instrumentos legitimadores del poder político y de movilización popular durante la guerra. Para los autodenominados “patriotas” –los antibonapartistas– la guerra tuvo un marcado componente de guerra santa o cruzada, con cientos de frailes y clérigos movilizados paramilitarmente al frente de partidas guerrilleras que luchaban contra el francés y contra el afrancesado. Ni la Constitución bayonesa de 1808, otorgada por el emperador Napoleón –aunque nominalmente en el encabezado constara el nombre de su hermano José I– a los españoles, ni la avanzada Constitución gaditana de 1812, gestada por los liberales reunidos en la sitiada Cádiz, cuestionaron la unidad católica de España, sino más

bien lo contrario: ambas ahondaron en la importancia vertebradora de la religión católica en la sociedad española.

El peso ideológico del episcopado español y del alto clero a lo largo de toda la contienda se nos muestra, en consecuencia, como un asunto clave y de gran calado para una mejor comprensión del grado de socialización del conflicto y muy especialmente entre la gran masa social que componía un mayoritario y analfabeto *pueblo llano*. Como apuntan la mayor parte de los estudios sobre el particular, el poder de influencia y de control social de la Iglesia católica y de sus ministros en la España de comienzos del siglo XIX era inconmensurable. Fueron numerosos los clérigos que desempeñaron un papel activo o muy activo en los asuntos políticos de los años 1808-1814, tanto en lo que se refiere a la organización de las juntas locales o provinciales, como en la representación en las Cortes de Cádiz—es bien sabido que un tercio del total de los diputados reunidos en Cádiz fueron clérigos—. Los famosos *curas guerrilleros* movilizaban amplias partidas antifrancesas, los prelados escribían pastorales partidistas, muchos párrocos adoctrinaban a sus feligreses desde el púlpito o a través del confesionario en defensa de la religión y del rey (Fernando VII)...

El catedrático Luis Barbastro Gil, gran conocedor de la época y autor de trabajos que con el andar del tiempo han devenido en referentes histo-

riográficos (uno de los más influyentes es, sin duda: *Los afrancesados: primera emigración política del siglo XIX español, 1813-1820*), nos ofrece en esta sólida monografía un nuevo ejemplo de cómo arrojar nueva luz sobre un aspecto que, aparentemente, no ha sido desatendido en los últimos años conmemorativos del bicentenario de la guerra de la Independencia. Un trabajo de investigación histórica permite avanzar en el conocimiento de un tema por dos motivos principalmente: bien porque utiliza nuevas fuentes primarias y ofrece nuevos datos sobre la materia, bien porque presenta un enfoque del objeto de estudio original y, en cierto modo, novedoso. El presente libro del profesor Barbastro es una buena combinación de ambos supuestos, donde el bagaje del autor es aderezado con el trabajo de muchos años de archivos, bibliotecas, lecturas y reflexión. No se trata, ni mucho menos, del primer estudio sistemático que acomete sobre el protagonismo social y político del clero en los inicios de la Edad Contemporánea. Es también autor, entre otros trabajos, de la monografía *Revolución liberal y reacción (1808-1833). Protagonismo ideológico del clero en la sociedad valenciana* (Alicante, 1987) y del sugerente artículo “Plan de reforma de la Iglesia española impulsado por Napoleón Bonaparte”, (*Hispania Sacra*, nº 121, 2008).

La obra que aquí reseñamos está estructurada de forma muy clara y

precisa. En la introducción general el autor trata varias cuestiones generales en torno a la encrucijada que el año 1808 supuso para los españoles, centrándose sobre todo en las diversas actitudes del episcopado y del clero español ante la invasión de los ejércitos imperiales galos, lo cual dependió –como muy bien analiza de forma grupal e individual– de múltiples condicionantes geográficos e ideológicos. Tras la introducción, la monografía se divide en dos grandes bloques. En el primero de ellos se examinan cuestiones como la conducta de los obispos de la cuenca del Duero, las causas del apoyo mayoritario del episcopado español a la “causa nacional” y las vicisitudes de los obispos emigrados y los principales lugares de acogida, así como también se repara en el fenómeno del afrancesamiento eclesiástico en algunos de los territorios ocupados. La segunda parte de la obra supone el grueso de la investigación (pp. 119-376) y está dedicada exclusivamente al estudio sistemático de los obispos y clérigos afrancesados, aportando datos relevantes y novedosos acerca de la trayectoria profesional e ideológica de varios eclesiásticos ilustres de la época, como fueron Ramón José de Arce (capellán de palacio y consejero de Estado de José I), Fr. Miguel Suárez de Santander (obispo auxiliar de Zaragoza) y Félix Amat (abad de San Ildefonso y obispo electo de Osma), paradigmáticas personificaciones del puente que muchos españoles hubieron de

cruzar en los inicios de la contemporaneidad desde la orilla de la Ilustración hacia el nuevo horizonte del constitucionalismo liberal. Algunos arribaron rápido, otros muchos navegaron a la deriva, sin rumbo definido, o decidieron regresar a la orilla ante el temor de un naufragio. Y es que un buen número de católicos del Ocho-cientos no supieron muy bien de qué manera encajar y hacer compatibles su tradicional moral y cultura católicas con la nueva doctrina liberal. Máxime si centramos el objeto de estudio en el estamento eclesiástico, en el seno del cual, como es obvio, mayor problemática generó este debate que devino en universal, dentro del particular universo católico decimonónico.

RAFAEL FERNÁNDEZ SIRVENT
Universidad de Alicante

RAMÍREZ, Pedro J., *La desventura de la libertad. José María Calatrava y la caída del régimen constitucional español en 1823*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, 1165 pp.

Pocas Constituciones históricas han conocido un destino tan cruel como la Constitución de Cádiz, dos veces liquidada por el mismo autor –Fernando VII– y con el mismo móvil –restablecer el absolutismo–. Su primer fallecimiento, del que ahora se cumplen doscientos años, fue en realidad el de un neonato, ya que su articula-

do no había tenido ocasión de ponerse plenamente en planta debido a las vicisitudes de la guerra de la Independencia. El segundo óbito, sin embargo, se produjo después de tres años de azarosa vida, en los que la Constitución mostró las dificultades prácticas de su diseño, muy ligado al modelo revolucionario francés.

El libro de Pedro J. Ramírez ahonda precisamente en la enorme complejidad de las causas que condujeron a esta segunda defunción de la Constitución de Cádiz: la obstinación de un Monarca nada dispuesto a renunciar a su poder absoluto, el pánico de la Santa Alianza a que la revolución española se extendiese por Europa (como de hecho lo hizo entre los carbonarios italianos, los decembristas rusos y el movimiento ventista portugués), la fractura del liberalismo español otrora uniforme, la oposición de la Iglesia desposeída de su Santo Tribunal, el cambio de mentalidad constitucional de los moderados, o la radicalización de los exaltados son algunos de los muchos factores que, como va desgranando el autor, contribuyeron de forma decisiva a liquidar la más internacional de nuestras Constituciones históricas.

Para desenredar esta urdimbre de circunstancias, Pedro J. Ramírez aporta una fuente documental inédita: el archivo de José María Calatrava, integrado por los *Apuntes sobre los principales sucesos del último Ministerio Constitucional* y las *Notas reservadas*, textos

elaborados, ambos, durante su desempeño del cargo de Secretario del Despacho de Gracia y Justicia en el último Gobierno del Trienio. En ellos, Calatrava relataba –para su propio recuerdo y no como memorias públicas– los acontecimientos en los que se vio envuelto aquel desdichado gabinete que hubo de afrontar la segunda caída del régimen constitucional gaditano. El archivo, tal y como se desprende de la obra, es de una importancia capital para entender los pormenores de la crisis política suscitada a raíz de la incapacitación del Rey, su traslado a Cádiz, y la ulterior capitulación de aquella plaza ante las tropas lideradas por Angulema.

Por fortuna el archivo cayó en unas manos que han sabido sacarle un extraordinario provecho. Huyendo de lo más fácil –que hubiera sido simplemente transcribir la documentación y publicarla–, Pedro J. Ramírez ha asumido la compleja tarea de reconstruir los últimos meses del Trienio utilizando el archivo de Calatrava como una fuente documental más, sujeta a constante cotejo con las innumerables fuentes doctrinales y bibliográficas que maneja en el volumen. Entre las cuales, por cierto, se incluyen otros recientes hallazgos: los diarios de viaje de Fernando VII y el proyecto constitucional de los anilleros, felizmente recuperados por Emilio La Parra y Clara Álvarez Alonso, respectivamente. Pedro J. Ramírez sale exitoso de la hercúlea tarea, ya que su minu-

ciosa investigación se ha traducido en un libro imprescindible para todo el que quiera en lo sucesivo estudiar el Trienio Constitucional.

En realidad, el autor ya tiene probada experiencia en el estudio riguroso de etapas convulsas del primer constitucionalismo europeo. No en balde su anterior obra de cariz histórico, *El Primer Naufragio* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2011), abordaba el ascenso al poder de los jacobinos franceses que desembocó en el régimen de la Convención. Una etapa, dicho sea de paso, que para algunos de los actores políticos del Trienio Constitucional albergaba no poca identidad con lo que sucedía en España, como el propio Pedro J. Ramírez se encarga de poner de relieve en su libro ahora recensionado.

La desventura de la libertad es, por tanto, mucho más que el archivo de Calatrava en que trae causa. Se trata de una obra integral, en el sentido más propio del término, ya que constituye una ambiciosa reconstrucción de la época, elaborada con una minuciosidad casi inédita en España, a pesar de los centenares de estudios que han abordado el Trienio Constitucional. Y ese carácter integral al que me refiero se materializa en diversos aspectos de la obra. En primer lugar, en el hecho mismo de que, aunque el objeto principal sean los acontecimientos que mediaron desde el nombramiento de Calatrava como jefe oficioso del último Gobierno liberal el 13 de mayo de

1823 hasta la caída del régimen constitucional en noviembre de ese mismo año, en realidad Pedro J. Ramírez profundiza en la historia de la totalidad del Trienio. Es más, frecuentemente se remonta también al momento primigenio del constitucionalismo histórico español, la Guerra de la Independencia, con constantes referencias a la etapa de la Junta Central y, sobre todo, a las Cortes de Cádiz. De este modo, logra conectar con gran habilidad los debates políticos de 1808-1812 con los del Trienio, mostrando los elementos de su continuidad, evolución y cambio. En este sentido, el libro ofrece mucho más de lo que indica su subtítulo (*José María Calatrava y la caída del régimen constitucional español en 1823*), porque en realidad es una obra que abarca la totalidad del Trienio Liberal.

Pero el carácter integral del libro también responde a la visión de conjunto que ofrece de la época. Desde luego el núcleo está integrado por los acontecimientos tanto políticos como militares en los que se desarrolló el Trienio y su caída con la entrada de las tropas de la Santa Alianza. Pero de forma transversal, Pedro J. Ramírez ofrece un relato social y cultural que permite al lector sumergirse en la época: desde la descripción detallada de los emblemáticos edificios donde se desarrollan los acontecimientos, hasta los eventos culturales más destacados de aquel tiempo (el vuelo en globo de madame Coussoul, la navegación por

el Guadalquivir del barco *Trajano*, la representación del *Pelayo* de Quintana o el espectáculo *Fantasmagoría* de Étienne Gaspard Robertson). Unido al estilo de narrativa histórica empleado por el autor, todo ello permite que el lector se sumerja en la época perfectamente recreada.

También hay un tratamiento integral a la hora de analizar la vida y el pensamiento político de los actores del Trienio. Siendo Calatrava el personaje principal del libro, en ocasiones avanzamos docenas de páginas sin que su nombre ni aparezca. Toman entonces el relevo otros muchos protagonistas de los acontecimientos políticos, cuyas semblanzas intelectuales y personales son relatadas con extraordinario rigor. Yandiola, Antonio Alcalá Galiano, José Canga Argüelles, Falcó, Agustín Argüelles, Rafael del Riego... los principales diputados y cargos públicos del Trienio reciben su correspondiente análisis, en el que no faltan sus intervenciones parlamentarias, pero tampoco un relato personal de sus vivencias e inquietudes, mostrando la parte más humana de cada uno de ellos. Algo que, al mismo tiempo, permite muchas veces entender mejor sus motivaciones políticas.

Entre los muchos personajes cuyas experiencias políticas y vitales encuentran acomodo en el libro se encuentran también los políticos extranjeros que tomaron parte activa en los acontecimientos de la España de 1820-1823, como Canning, Chateaubriand

o Villèle. Algo que me permite entroncar con otra de las grandes virtudes de la obra que evidencia su carácter integral: me refiero a la contextualización del Trienio en el panorama comparado. Bien es cierto que la postura de la Santa Alianza sobre los acontecimientos revolucionarios acaecidos en España ha sido objeto de tratamiento por numerosos estudios. Sin embargo, pocas veces se encuentra un análisis tan completo y en el que se entrelacen con tanta solvencia la correspondencia diplomática (e incluso privada, en el caso de Chateaubriand) con los acontecimientos vividos en el Trienio. Este tratamiento comparado de la historia política española resulta especialmente relevante por infrecuente. Y es que, entre quienes se dedican a la historia política y constitucional española, existe todavía tendencia a analizarla de forma aislada, lo cual entraña incurrir en un evidente problema de descontextualización. Las más de las veces resulta vano intentar comprender cabalmente nuestra propia historia sin conectarla tanto con las doctrinas como con los acontecimientos políticos que se desarrollaron allende nuestras fronteras. Y esto resulta especialmente cierto en una etapa como la del Trienio, en la que el liberalismo español bebía constantemente de las doctrinas francesas e inglesas, a la par que sus propias decisiones eran conocidas y comentadas entre los intelectuales y políticos de Europa quienes, a su vez,

interferían de forma constante en los acontecimientos españoles, que veían como un asunto propio.

De todo lo anterior puede desprenderse que no resulta posible en una reseña abordar siquiera mínimamente los distintos aspectos que se tratan en *La desventura de la libertad*. Aun así, no puedo dejar de mencionar algunas aportaciones especialmente significativas del libro de Pedro J. Ramírez.

La primera consiste, obviamente, en la reivindicación de la figura de José María Calatrava. Un personaje de una extraordinaria talla intelectual que, sin embargo, no sólo es “desconocido para los españoles de hoy”, como menciona el propio autor del libro, sino que también ha sido injustamente tratado por la historiografía, que le ha prestado muy escasa atención. Disipando al personaje de la niebla en la que estaba envuelto, Pedro J. Ramírez rehabilita la figura de Calatrava y subraya su importancia antes incluso de los momentos más decisivos de su vida política –su jefatura del último Gobierno constitucional del Trienio–, destacando su activa intervención en algunos de los debates capitales de las Cortes de Cádiz y del propio Trienio. No parece tampoco coincidencia que Calatrava –llamado en 1823 a ser él mismo Secretario del Despacho– hubiese prestado como diputado especial atención al modo en que debía configurarse la responsabi-

lidad del Ejecutivo en nuestro país. Basta recordar cómo en los debates de las Cortes gaditanas defendió con tesón que los ministros resultasen personalmente responsables de los actos de los regentes, sin perjuicio de que estos últimos también pudiesen ser imputables por infracciones de las decisiones adoptadas por las Cortes. Pero, lo que resulta más importante, ya en 1812, Calatrava había adelantado que la falta de aptitud del Ejecutivo –por ejemplo, su demostrada debilidad a la hora de cumplir con las decisiones de las Cortes– era causa suficiente para que la Asamblea Nacional pudiese remover a los regentes. De este modo, estaba transitando desde una concepción meramente jurídica de la responsabilidad del Ejecutivo, hacia una idea más próxima a la responsabilidad política. Un planteamiento que sobre el que Calatrava profundizaría durante el Trienio, al ser autor de la que en puridad puede considerarse como el primer antecedente de la moción de censura en España.

Por esta sola circunstancia, Calatrava ya parece erigirse en digno merecedor de una consideración que hasta ahora se le había negado. Aun así, Pedro J. Ramírez ha añadido nuevos datos que permiten apuntalar las palabras de Antonio Alcalá Galiano cuando identificaba a Calatrava como perteneciente “a un partido medio entre el moderado y el exaltado” (p. 118). En la obra recensionada, Pedro J. Ramírez muestra la dificultad de ceñir a

Calatrava a uno de los dos bandos en los que se escindió el liberalismo a partir de 1821 y en este sentido uno de sus grandes aciertos ha sido considerarlo como exponente de lo que el periódico de Alberto Lista y Gómez Hermosilla, *El Censor*, calificaba como “partido regulador”, caracterizado por su capacidad para bascular entre los extremos políticos de las Cortes a fin de lograr un equilibrio de fuerzas.

Otro detalle de gran interés que desgrana el libro de Pedro J. Ramírez es la confirmación de que el modelo constitucional gaditano resultaba de difícil implantación, al basarse en la desconfianza entre los dos órganos políticos principales del Estado, Rey y Cortes. En este sentido, *La desventura de la libertad* apuntala lo que con gran perspicacia Joaquín Varela Suanzes-Carpegna definió como la “monarquía imposible” del Trienio (Joaquín Varela Suanzes-Carpegna, *La Monarquía doceañista*, Marcial Pons, 2013). A lo largo de sus páginas, Pedro J. Ramírez nos ofrece constantes ejemplos de los problemas de la Constitución de Cádiz para articular las relaciones entre Ejecutivo y Legislativo. En la base se hallaba la concepción dualista del poder ejecutivo, conforme al cual los ministros (caracterizados constitucionalmente como “Secretarios del Despacho”) no eran formalmente más que transmisores de la voluntad regia, de cuya voluntad dependían. Ahora bien, teniendo presente los constantes conflictos entre el Rey

y sus ministros, que tan bien describe Pedro J. Ramírez, estos últimos se veían abocados a tratar de imponerle al Monarca sus decisiones políticas o a solicitar que los exonerase del cargo por carecer de apoyo regio. Dicho con certeras palabras del autor: “Según la Constitución el poder del Gobierno solo emanaba del rey, pero en aquellas circunstancias gobernar significaba oponerse cada día a la voluntad íntima del rey, con tal de que esa contradicción no quedara explícita” (p. 520). En esta tesitura, ministros que contaban con el respaldo del Parlamento y que trataban de llevar a efecto la voluntad nacional se encontraban con harta frecuencia imposibilitados para hacerlo debido a la pertinaz oposición del Rey. En sustancia el problema residía en no contar con un sistema de gabinete en el que el Gobierno dependiese exclusivamente de la confianza parlamentaria, recibiendo del Monarca apenas un nombramiento nominal. En ausencia de tal sistema (implantado en Gran Bretaña desde finales del XVIII), la posición de los ministros resultaba extremadamente frágil: desde una perspectiva material debían obedecer la voluntad de las Cortes y contar con su confianza, pero formal, nominalmente, debían llevar a efecto la voluntad del Monarca, único que podía nombrarlos y destituirlos según el tenor constitucional. De hecho, Pedro J. Ramírez expone con detalle algunas de las absurdas situaciones que se produjeron, en las

que los ministros, incapaces de desarrollar su política, tampoco conseguían obtener del Rey su destitución, hallándose así en una encrucijada imposible.

Otro aspecto extremadamente interesante del libro es la constatación de los diversos intentos de reformar la Constitución de Cádiz en un sentido bicameral que se ajustase más al modelo británico, implantado en Francia merced a la *Charte* de 1814. En realidad, la idea de superar el unicameralismo de la Constitución del 12 ya había encontrado cierto eco antes incluso del Trienio, por ejemplo en la postura “posibilista” de Flórez Estrada en su *Representación* a Fernando VII, o en el proyecto constitucional del denominado “Plan Beitia” de 1819, descubierto en su día por Claude Morange, y muy próximo a las teorías de Benjamin Constant y Destutt de Tracy. Sin embargo, fue en el Trienio cuando esta alternativa empezó a cobrar auténtica fuerza, tanto desde el exterior (sobre todo por parte del gobierno británico), como desde el interior (a través de un sector del moderantismo, que había cambiado sus ideas políticas durante el sexenio absolutista). Para los exaltados más extremistas el denominado “plan de las Cámaras” se convirtió en un sinónimo de involución, como evidencian las numerosas referencias de *El Zurriago* que cita Pedro J. Ramírez. Sin embargo, los moderados llegaron a considerar que la supervivencia del régimen

constitucional dependía de modificar la Constitución de Cádiz, desvinculándola del modelo revolucionario francés de 1791 a fin de tranquilizar a las potencias extranjeras y adaptar el sistema representativo español al “espíritu del siglo”, como diría Martínez de la Rosa. En este sentido, Pedro J. Ramírez muestra con maestría hasta qué punto la contienda sobre el modo de organizar las Cortes se convirtió en la línea divisoria del liberalismo. En tanto los moderados, ya más próximos al liberalismo doctrinario, se mostraban partidarios de transitar al bicameralismo (lo cual también permitiría calmar a las potencias extranjeras), los exaltados demonizaron tal opción, considerando que suponía un freno inaceptable para el proceso revolucionario.

En este punto, son muy interesantes los datos que aporta el libro para aquilatar el carácter casi mítico que llegó a adquirir lo que denominaba despectivamente se denominaba como “el plan de las cámaras”. Ciertamente, no pocos autores extranjeros veían en el unicameralismo uno de los grandes defectos de la Constitución gaditana. Así lo habían manifestado, por ejemplo, en Inglaterra los *tories* a través de la *Quarterly Review* y los *whigs* mediante la *Edinburgh Review*, o en Francia desde liberales como Dominique Dufour Pradt, hasta Duvergier de Hauranne y Jean Denis Lanjuinais, pasando por liberales doctrinarios de la talla de Guizot, Madame de Staël e

incluso *ultrarrealistas* como Chateaubriand. Ahora bien, como muestra Pedro J. Ramírez, la presión extranjera para implantar en España el bicameralismo sirvió a la postre como una cortina de humo que legitimó la vuelta del absolutismo. Así se evidencia en la difícil postura que hubo de asumir el duque de Angulema: quizás por ingenuidad, insistió en considerar que la invasión de la Santa Alianza tenía como propósito imponer un cambio constitucional en España que siguiera las pautas bicamerales de la *Charte* de 1814. No podía estar más equivocado. Gran Bretaña sí insistía en la solución bicameral, pero Francia no consideraba que esa fuese necesariamente la verdadera solución, sino que apostaba, simple y llanamente, por reinstaurar a Fernando VII en todo el esplendor de su trono, tal y como reivindicaba desde España el periódico absolutista *El Procurador General del Rey* (p. 652). En este punto, el protagonista del drama, Calatrava, haciendo gala de una extraordinaria flexibilidad, trató de obtener de la Santa Alianza garantías de que España disfrutaría de un régimen representativo (p. 760). Ya no importaba que fuese unicameral o bicameral, sino al menos que se tratase de un régimen en el que la Nación tuviese voz. La respuesta francesa resultó cada vez más descorazonadora: por una parte, Francia proponía que España se gobernase por unas Cortes tal cual habían existido en el pasado, algo, como diría Yandiolá, inasumible en el siglo XIX (pp.

688-689); por otra, el país vecino insistía en que la nueva Constitución emanase del propio Monarca (p. 765). Pedro J. Ramírez narra con maestría la desesperación de un Calatrava consciente de que Fernando VII jamás reconocería para España un régimen representativo, de modo que la invasión extranjera y la restitución a Fernando VII sin previas garantías políticas sólo podía deparar el retorno del absolutismo y, con él, la venganza del taimado Monarca.

Finalmente no puedo dejar de destacar un último aspecto del libro especialmente interesante: la reivindicación de la Sociedad del Anillo. Este grupo político, integrado por algunos de los más brillantes líderes del moderantismo, como Toreno o Martínez de la Rosa, hubo de convivir con los furibundos ataques de los exaltados que, sobre todo a través *El Zurriago* y *La Tercerola*, cargaron contra él, retratando a sus miembros como “pasteleros” y tibios con el absolutismo. Los anilleros no han recibido mejor trato por parte de la historiografía, que les ha prestado escasa atención. Basta comprobar cómo el mayor experto en el Trienio, Alberto Gil Novales, se ha mostrado mucho más inclinado a favor de las sociedades patrióticas exaltadas y, en general, a estudiar y encomiar el pensamiento político del ala radical del liberalismo, desde Rafael del Riego hasta Juan Romero Alpuente. Pedro J. Ramírez demuestra, sin embargo, que la Sociedad del Anillo fue en su composición más plural de

lo que inicialmente se había pensado. No estaba, pues, integrada sólo por el ala más conservadora del moderantismo, sino que en sus filas se habían integrado, al menos en un primer momento, incluso algunos paladines de la exaltación, como Palarea (p. 139). Pero, sobre todo, Pedro J. Ramírez demuestra que los anilleros defendieron un programa político más posibilista para el Trienio. Su apuesta por el bicameralismo –concretado en el proyecto de Fuero Real de España recientemente hallado por Clara Álvarez Alonso y que maneja Pedro J. Ramírez– se acomodaba mejor a las exigencias exteriores y, muy en particular, a las británicas. Es posible que, de haber tenido éxito su propuesta de reformar la Constitución de Cádiz para alejarla del modelo revolucionario francés, la Santa Alianza hubiera tenido menos argumentos para intervenir en España, y la oposición británica a la invasión hubiese resultado también más determinante.

Lo anterior no es, sin embargo, más que un conjunto de reflexiones que no alcanzan a mostrar la profundidad del libro recensionado. Su estilo narrativo y alejado de los rigores académicos no deben llevar a engaño: se trata de una obra imprescindible, que debe estar en los anaqueles de quienes deseen profundizar en las vicisitudes de la apasionante historia del Trienio Liberal.

IGNACIO FERNÁNDEZ SARASOLA
Universidad de Oviedo

QUINTERO, Tomás; FARMER, Thomas, *Informes del espía de la República de Colombia en la corte de Fernando VII (1825-1830)*, edición, presentación y notas por Daniel Gutiérrez Ardila, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2012, 563 pp.

Este volumen contiene los informes enviados desde Madrid a la embajada en Londres de la República de Colombia por Thomas Farmer, pseudónimo utilizado, en traducción directa de su nombre, por el caraqueño Tomás Jesús Quintero. Comienzan en 1825, a los pocos años de constituirse la República, y finalizan en 1831, una vez esta quedó dividida en las repúblicas de Nueva Granada, Venezuela y Quito.

Quintero llegó a España en 1817 acompañando, en calidad de secretario particular, al arzobispo de Caracas Narciso Coll y Prat. El arzobispo había sido acusado de connivencia con los independentistas por el general Morillo, comandante del ejército español destinado a combatir a Bolívar en el antiguo virreinato de Nueva Granada. Viajaba a la corte con el propósito de reivindicarse, cosa que logró, pero a causa del avance de la insurrección en el territorio de su diócesis no pudo regresar de inmediato y el 28 de diciembre de 1822 le sorprendió la muerte en España. Tampoco Quintero consiguió volver a su tierra, en este caso debido al estado de guerra en España provocado por la invasión en

abril de 1823 de un ejército francés (los Cien Mil Hijos de San Luis), llegado para derrocar el sistema político constitucional establecido tres años antes. Quintero quedó en Madrid en situación personal precaria, sin oficio y sin protector. Además, sus ideas políticas, claramente liberales (había colaborado en la prensa de este signo y formado parte destacada de la Sociedad Patriótica de Amantes de la Constitución) chocaban con el ambiente represor característico a partir de 1823 de la España de Fernando VII. Como apunta el doctor Daniel Gutiérrez Ardila en su excelente introducción a este volumen, “era uno de los muchos jóvenes neogranadinos y venezolanos que languidecían en la Península empobrecidos y sin destino, y que esperaban encontrar algún empleo en el servicio de la nueva república.” (p. 22). No consiguió la ansiada colocación, al menos con carácter oficial, pero trabajó mucho al servicio de la República de Colombia en calidad de informador o agente confidencial en Madrid, en definitiva, como lo califica el editor, de espía.

Dotado de un talento para la observación fuera de lo común y de una asombrosa capacidad de relación humana, Quintero cumplió este cometido con extraordinaria habilidad. Adquirió conocimiento de documentos de muy distinta naturaleza, no pocos oficiales (por ejemplo, en uno de sus informes copia capítulo por capítulo el presupuesto del Estado español para

1830), logró acceder a la correspondencia privada de personas de relevancia y se ganó la confianza de algunas de ellas. Resalta en este punto su estrecha relación con Alexander Everett, embajador de Estados Unidos en Madrid de 1825 a 1829. Gracias a su cargo, Everett, firme partidario del entendimiento entre la monarquía española y las nuevas repúblicas americanas, manejó asuntos reservados y de ellos informó a Quintero, convirtiéndose en una de sus principales y más valiosas fuentes de información, así como en una especie de consejero personal, como el propio Quintero da a entender en distintas ocasiones.

Los informes del espía americano abordan asuntos muy diversos y, debido a lo dicho, presentan un alto grado de fiabilidad. Sus noticias sobre las decisiones políticas de Fernando VII y su gobierno son exactas y acertados sus juicios sobre las personas, en particular sobre algunos de los ministros más influyentes del momento y que por el ámbito de sus competencias más le interesaban (Calomarde, el duque del Infantado, González Salmón...). Siempre se muestra sumamente crítico con ellos y aunque en ocasiones quizá lo sea en exceso, como es el caso de Infantado, sus puntos de vista no deben ser despreciados. Como es lógico, a Quintero y a los destinatarios de sus mensajes (las autoridades de la República de Colombia), preocupaba sobre todo la actitud de Fernando VII ante las nue-

vas naciones americanas y los movimientos del gobierno español para conservar Cuba y Puerto Rico, únicos restos ya del antiguo imperio hispánico. En lo concerniente a este segundo aspecto, los escritos de Quintero, redactados siempre en tono crítico, están cargados de ironía y a veces, incluso, de altas dosis de burla, pues casi todos los proyectos esbozados, y algunos anunciados, para “recuperar el imperio” eran baladronadas o, simplemente, quimeras, ya que el gobierno de Fernando VII carecía de recursos económicos, de soldados y de navíos para organizar una campaña con visos de éxito. Pero lo más grave —este es un extremo en el que con buen criterio abunda Quintero— era el desconocimiento en la corte y el gobierno acerca de la situación política de América. La constatación de esta realidad es, quizá, una de las aportaciones de mayor interés del espía Quintero y, por ende, uno de los valores más relevantes de este volumen. No fue solo la nulidad de los ministros de Estado de esta década —nulidad, a juicio de Quintero, contrastada por sus actos y sus palabras—, sino también y fundamentalmente la incapacidad del gobierno para organizar algún plan destinado a afrontar la nueva situación creada por la aparición de las repúblicas independientes americanas. Todo se redujo —señala Quintero con no poca amargura— a negar la realidad: ni se reconocieron los reveses militares españoles en América ni el nuevo esta-

do político del continente (este fue, según se deduce de la lectura de estos informes, uno de los grandes defectos de la política de Fernando VII), ni se tuvieron en cuenta los cambios experimentados en la situación internacional, ni se tomó en serio a los americanos. Calomarde, el ministro más influyente sin duda de Fernando VII en estos años (así lo hace constar con acierto Quintero), personificó quizá mejor que nadie esta postura. Con su habitual suficiencia, derivada de la ignorancia y de saberse protegido por Fernando VII, Calomarde presumió de ser la única persona capaz de resolver el problema de la independencia de América. En el colmo de la desfachatez, el ministro afirmó en 1828: “Si no se hubiera extinguido el Ministerio Universal de Indias, y quitándoseme por consiguiente la dirección de los negocios de América, hoy sería toda ella una balsa de aceite; pero ya que voy desocupándome de lo que me han dado que hacer las revoluciones de la Península, me consagraré ahora a terminar las de allá” (p. 324). Nada más expresivo que esta frase para dar cuenta del talante de los gobernantes españoles del momento.

La ceguera del rey y de su gobierno, junto a su ignorancia sobre América, fueron factores de mucho peso para no resolver, sino más bien agravar, un problema político de enorme importancia. Pero por lo que se acaba de ver, no fue solo eso. Sobró petulancia. No es de extrañar, por tanto, que el

espía de la República de Colombia exprese una opinión muy desfavorable de los gobernantes, pero también, fundamentalmente por efecto de la actuación de estos, sobre España, que califica de “país miserable”. Su primer informe lo fecha el 9 de mayo de 1825 en “Caligulópolis”, es decir, Madrid, ciudad que puebla “gente necia e imbecil”. En otra ocasión, aludiendo a su lucha contra Napoleón tilda a los españoles, en general, de “pueblo ferroz”, dado al vandalismo y al pillaje, aunque a continuación, en el mismo escrito, de 1826, matiza que se refiere “al populacho” y a los frailes, pero no a “la clase instruida de la nación”, a la cual atribuye un sincero deseo por dotar de “estabilidad y consistencia a los gobiernos libres de América” (pp. 122-123).

El punto de vista de Quintero es, sin duda, especialmente valioso para comprender el significado inmediato en España de la independencia de América y la reacción, sin lugar a dudas desatinada, del rey y de sus ministros. Pero el interés de sus informes no termina ahí. Estos son asimismo una fuente muy apreciable de noticias sobre el estado político de la monarquía española en la última década del reinado de Fernando VII. Por lo general, Quintero pone mucho cuidado en ofrecer información contrastada y cuando solo puede basarse en rumores, lo hace notar, preocupándose por confirmarlos o desmentirlos, según el caso. Aparte de las referencias sobre

cambios ministeriales, la camarilla real, los movimientos de personas muy variadas (por ejemplo, las rocambolescas maniobras emprendidas por unos supuestos enviados por el dictador paraguayo doctor Francia, uno de los cuales llegó incluso a entrevistarse con el rey), etc., el lector hallará interesantes novedades, por ejemplo un importante informe sobre la política española en 1824 entregado al rey por el conde de Dernath, quien acababa de dejar la embajada danesa en Madrid, o las actuaciones para suscribir un empréstito internacional a favor de la monarquía protagonizadas por Louis Tassin, un curioso y poco conocido personaje implicado con diversos planes económicos relacionados con Fernando VII durante su estancia en el *château* de Valençay, en el tiempo de la guerra contra Napoleón.

El volumen se cierra con la reproducción de dos escritos emitidos por otros agentes de Colombia, anónimos, cuyo contenido no es menos interesante que el de los textos de Quintero. La edición está muy cuidada. Los informes editados, que son –en resumen– una fuente muy relevante tanto para la historia de la República de Colombia como para la de la España de Fernando VII, están precedidos por una extensa y erudita Introducción y van acompañados de notas muy oportunas, sustentadas en estudios recientes, todo ello a cargo del historiador Daniel Gutiérrez Ardila, autor de un importante estudio sobre la República

de Colombia publicado en 2012 por la misma editorial que saca la obra comentada (*El reconocimiento de Colombia. Diplomacia y propaganda en la coyuntura de las Restauraciones*).

EMILIO LA PARRA LÓPEZ
Universidad de Alicante

PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel,
A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesas en torno a Marruecos (1901-1904), presentación por Alberto M. Pérez Calero, prólogo de Juan Ortiz Villalba, Sevilla, Universidad de Sevilla-Ateneo de Sevilla, 2013, 253 pp.

En el marco del imperialismo colonial europeo del siglo XIX figuró entre sus objetivos preferentes el reparto del continente africano. Así se hizo en efecto, fundamentalmente entre Francia y el Reino Unido, con participación en un plano más secundario de Alemania, Bélgica, Portugal, España y luego Italia, para satisfacer reivindicaciones históricas e intereses económicos ya introducidos. Todo ello según lo convenido en la Conferencia internacional de Berlín de 1885.

A comienzos del siglo XX, asignado Egipto al control británico, tan solo habían logrado librarse del reparto colonial tres estados con entidad propia: Abisinia (actual Etiopía), Liberia y Marruecos. El primero termina-

ría siendo sojuzgado por Italia; el segundo, país de acogida de colectivos norteamericanos de color allí reasentados tras la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, garante de su independencia, y Marruecos, sultanato reunificado y regido por la actual dinastía alauí, si bien hundido en el estancamiento y atraso bajo un régimen casi medieval. El control de este último era disputado por Francia, España y el Reino Unido con argumentos históricos y socioeconómicos diversos, terminando imponiéndose los dos primeros, si bien otorgando a los intereses británicos un tratamiento preferente.

Aunque España había logrado con su triunfo bélico sobre Marruecos de mediados del siglo XIX (“Guerra de África” de 1859-1860) una situación de máxima influencia sobre ese país, tal hegemonía fue más teórica que real, dado que sus prioridades en materia internacional se circunscribían al mantenimiento de su soberanía en Cuba y restantes restos de su perdido imperio ultramarino con la consiguiente reticencia a la posibilidad de nuevas adquisiciones territoriales. Tan solo aceptó hallarse presente allí donde le fue señalado al aplicársele los criterios convenidos para todos los estados con pretensiones coloniales. En el presente caso con referencia a Marruecos, Sáhara Occidental y Guinea, áreas de tradicional proyección española, en donde, pese a todo, España procuró ahora autolimitar su

presencia así como los compromisos que le fueron impuestos internacionalmente. Y ello incluso después de que con la quiebra de 1898 hubo de renunciar a sus anteriores dominios coloniales. Se entiende, por tanto, el escaso empeño puesto por los sucesivos gobiernos de Madrid, ahora atraída su atención por asuntos internos que no internacionales, en ocupar la Zona Norte del Protectorado en Marruecos que finalmente le fue asignada en sus acuerdos con Francia de 1912, y a la consiguiente prolongación durante una década de la cruenta resistencia rifeña ante la falta de voluntad española en controlar la situación. A su vez esa dejación explica la tardía presencia española en Sahara Occidental y Guinea, presencia reducida a territorios casi testimoniales.

El autor de la presente monografía es un reconocido especialista sobre la proyección hispano-francesa en Marruecos en el tercio inicial del siglo XX, y muy especialmente en el prolongado y complejo proceso negociador culminante en la declaración del Protectorado franco-español sobre Marruecos en 1912. Realiza aquí un detallado y bien documentado análisis del definitivo replanteamiento en España de lo que se dio en llamar “cuestión marroquí”, es decir la delimitación de un nuevo estatuto para un Marruecos sujeto a influencia europea. En lo que a España concierne, analiza la actitud ante esa cuestión de los dos grandes partidos políticos es-

pañoles del momento, el Conservador y el Liberal, y consiguientes visiones contrapuestas de conservadores y liberales respecto al presente y futuro marroquí, o lo que es igual del eje Maura-Silvela frente a Sagasta y colaboradores, así como de los respectivos continuadores de unos y otros a su paso por el Ministerio de Estado.

También es otorgada atención preferente a la determinante actuación de Francia, que llevó siempre la iniciativa en este asunto, y que para alejar pretensiones del Reino Unido procuró el apoyo de la *Entente Cordiale* al objeto de diseñar e implantar un modelo colonial en Marruecos acorde con los intereses galos: el país mantendría su integridad territorial y teórica independencia bajo la soberanía de la dinastía alauí reinante en el mismo, pero sometido a régimen de Protectorado franco-español con control por Francia de la totalidad del territorio salvo una testimonial presencia española en el norte marroquí, área inmediata a España, exceptuado el fundamental puerto de Tánger, sujeto a régimen internacional. Esas negociaciones a cuatro bandas de París con Madrid, Londres, Berlín y el Majzén marroquí, entre 1901 y 1904, que prefiguran el definitivo Convenio hispano-francés de 1912, contempladas desde el ángulo de la diplomacia española, son analizadas con todo detalle en la presente monografía. Aproximación franco-española esa que, como subraya el autor, a nivel internacional

más amplio tuvo también efectos destacados, dado que Madrid logró así superar sus secuelas de aislamiento, y sin perjuicio de mantener su básica neutralidad, vincularse indirectamente a la *Entente Cordiale*.

Estamos por tanto ante una excelente e innovadora aportación sobre la temática de referencia, elaborada con sólido apoyo documental fundamentado en la consulta amplia y sistemática de los fondos inéditos, impresos, hemerográficos y bibliográficos españoles, franceses y británicos conservados en una decena de archivos e instituciones afines. Inclusión de un denso aparato crítico, de una amplia y actualizada bibliografía, y de atrayentes y útiles cuerpos de cartografía y láminas originales.

JUAN B. VILAR
Universidad de Murcia

FUENTES CODERA, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014, 238 pp.

Cada vez es más frecuente que la producción historiográfica se mueva a golpe de efeméride o de aniversario de un acontecimiento relevante. En 2014, sencillamente, es inevitable que esto ocurra. El centenario de la Primera Guerra Mundial, el conflicto bélico que inauguró la llamada “era de las catástrofes”, será sin duda una exce-

lente oportunidad para reflexionar sobre los hechos que se produjeron entre 1914 y 1918. Pero, al mismo tiempo, no hay ninguna duda de que la historiografía especializada ofrecerá también nuevas lecturas sobre una guerra que no ha dejado de recibir preguntas prácticamente desde el momento en que la “chispa” iniciada por Gavrilo Princip prendió la mecha de la barbarie.

Durante los cien años que han transcurrido desde que se iniciaron las hostilidades, la Gran Guerra ha estado sujeta a múltiples explicaciones y análisis, y ni siquiera hoy existe un consenso total acerca de los orígenes y las responsabilidades de los Estados. Las primeras interpretaciones clásicas, en las que la práctica totalidad de fuentes eran diplomáticas o militares, han dejado paso a enfoques más vinculados con la historia cultural y centrados, por tanto, en el impacto de la guerra en las mentalidades, la circulación de las ideas o las movilizaciones intelectuales. Esta evolución es, en realidad, el reflejo de los cambios producidos en el seno de la ciencia histórica a lo largo del siglo XX. Incluso en aquellas obras que se dedican a desgranar los orígenes de la Primera Guerra Mundial desde un punto de vista diplomático y político, se advierte la presencia de este enfoque más cultural¹.

1. Me refiero, por ejemplo, al libro de MACMILLAN, Margaret, *1914. De la paz a la guerra*, Madrid, Turner, 2013.

La obra reseñada es fiel reflejo de este cambio paradigmático, pero al mismo tiempo representa una novedad dentro de la historiografía española, tradicionalmente poco interesada en conflictos bélicos ajenos. Afortunadamente, esta tendencia se ha revertido en las últimas décadas. El caso de la Gran Guerra es, sin embargo, especial. A pesar de la no participación de España, la contienda sí influyó de manera notable en el pensamiento político e intelectual del país. El autor de este libro, Maximiliano Fuentes Codera, ofrece una visión global que contrasta con otros análisis e investigaciones que sólo se habían acercado a este asunto de manera parcial. Nos encontramos, pues, ante una novedad editorial que solventa un vacío historiográfico que ha tardado un siglo en ser reparado.

Tras un breve capítulo introductorio, en el que el autor realiza un estado de la cuestión sobre las aportaciones (y carencias) sobre la Primera Guerra Mundial en España, el autor entra de lleno en el debate que se generó sobre la participación española en el conflicto. El gobierno conservador de Eduardo Dato decretó la neutralidad oficial rápidamente, nada más iniciarse las hostilidades entre los países beligerantes (p. 39). Esta decisión fue respaldada por la práctica totalidad de las fuerzas políticas y apenas tuvo contestación durante los primeros días. Lerroux fue, de hecho, una de esas escasas excepciones. El amplio

consenso alcanzado se explica por la ausencia de obligaciones diplomáticas del Estado (pese a que España estaba más próxima a la órbita anglo-francesa) y por la situación del ejército español, muy atrasado en comparación con las de otras potencias, como pudo comprobarse durante la guerra hispanoamericana de 1898.

Sin embargo, como bien precisa el autor, este consenso inicial sufrió una importante modificación conforme se fue prolongando el conflicto. Aunque la gran mayoría de fuerzas políticas seguía optando por la no participación de España en la guerra, a partir de 1915 salieron a la luz los primeros matices. No se trataba de proponer una intervención armada en el conflicto, una opción que estaba totalmente descartada al menos a corto o medio plazo. En cambio, afloraron dos bloques antagónicos: germanófilos y aliadófilos (p. 63). Aunque el autor no profundiza demasiado en la composición de estos dos grupos, las ideologías y simpatías de cada uno están suficientemente explicadas. El primero estaba formado por políticos e intelectuales próximos a posiciones conservadoras o al carlismo, que a lo largo del conflicto desearon la victoria de Alemania sobre la entente aliada. El bloque aliadófilo, por el contrario, aglutinaba a representantes del republicanismo, el partido liberal, el socialismo y el reformismo político al que se había adherido la Generación del 14 liderada por Ortega y Gasset.

Con diferentes matices, la aliadofilia abogó durante toda la contienda por la victoria de Francia o Reino Unido, es decir, las naciones que despertaban más simpatías en este grupo. Como se puede observar, la estricta neutralidad que se quiso imponer desde el gobierno no impidió que surgieran interpretaciones dispares de lo que estaba aconteciendo más allá de los Pirineos. En realidad, la guerra se estaba leyendo en clave nacional. Declararse aliadófilo o germanófilo era, en realidad, otra forma de significación política.

Pese a esta polaridad, el ambiente cultural e intelectual fue mucho más complejo de lo que a priori puede parecer. De hecho, podría decirse que cada personalidad pública tenía su propia opinión sobre la guerra. Por poner un ejemplo –que aparece en la obra–, Pío Baroja se definió como germanófilo a pesar de que ideológicamente estaba mucho más próximo al liberalismo democrático. Fuentes Codera recompone en su libro todo este panorama, esta “movilización cultural”, citando a un extenso número de intelectuales y utilizando, para ello, una amplia cantidad de ejemplos extraídos principalmente de los periódicos y las revistas de la época.

Precisamente, el uso de las fuentes periodísticas es continuo a lo largo de todo el texto. La intelectualidad y la clase política fueron conscientes desde el primer momento de la importancia de los medios de comunicación, de

ahí que durante la guerra se desatara en España una auténtica “guerra de manifiestos” de la que da rendida cuenta el autor en uno de los capítulos del libro. También centra su investigación en el inusual desarrollo editorial y mediático que se produjo entre 1914 y 1918, ya que aparecieron nuevas cabeceras que prestaron atención no sólo al desarrollo del conflicto, sino a las consecuencias que, seguro, tendría en el país (Es el caso, entre otras, de las revistas *España e Iberia*) Por otra parte, el autor pone en valor las subvenciones que algunos países beligerantes –Alemania, Francia o Reino Unido– dieron a varias cabecebras para que publicaran noticias favorables a sus intereses. España, pese a ser territorio neutral, vivió su particular guerra a través de la prensa.

Uno de los aspectos clave recogidos por Fuentes Codera, en los capítulos cuarto y quinto, es el desarrollo de esta movilización cultural a partir de 1917, un año especialmente convulso para España desde el punto de vista económico, político y social. La batalla dialéctica entre aliadófilos y germanófilos se recrudeció todavía más y entró de lleno en la arena política. De hecho, los dos grandes acontecimientos políticos que se realizaron en la primera mitad del año tuvieron mucho que ver con la Primera Guerra Mundial. A finales de abril, Antonio Maura lideró un mitin antialiadófilo ante unas 20.000 personas en la plaza de Toros de Madrid. Un mes después,

y en el mismo escenario, un selecto grupo de aliadófilos, entre los que destacan Azaña, Lerroxx o Unamuno, organizó un acto con un marcado carácter antigermanófilo en el que se llegó a insinuar, metafóricamente, que España estaba a las puertas de una guerra civil (págs. 160-164).

En relación a esto último, algunos historiadores han apuntado que este clima de crispación que se generó a raíz de la Gran Guerra puede entenderse como un anticipo de la Guerra Civil que tendría lugar dos décadas después (p. 220). Fuentes Codera afirma que no debe exagerarse esta cuestión y que, aunque existieron algunas correlaciones con la futura contienda fratricida, la división entre aliadófilos y germanófilos ni constituyó una división estrictamente ideológica ni tampoco tuvo una gran repercusión más allá del ámbito intelectual o político.

El autor dedica una especial atención a la interpretación de la guerra en Cataluña, un asunto que, aunque ya se había debatido durante las últimas décadas en la historiografía catalana, no ha tenido demasiada presencia en la del resto del Estado. A pesar de que en Cataluña también se repitió el esquema germanofilia-aliadofilia, existieron notables diferencias, como la mayor presencia de intelectuales que apoyaban a Francia, o la existencia de una tercera vía que defendía la vigencia de la idea de Europa por encima de las legítimas preferencias hacia uno de

los dos bandos. El promotor de esta idea fue el influente intelectual Eugeni d'Ors. Fuentes Codera ha publicado varios trabajos –incluida su tesis doctoral– sobre D'Ors, por lo que su presencia en uno de los subapartados de este libro está más que justificada.

Los últimos compases de la guerra y las consecuencias de ésta en España y Europa centran el capítulo final y el epílogo del libro. El autor se detiene brevemente en explicar el wilsonismo, un fenómeno que surgió tras la entrada de Estados Unidos en la contienda. La decidida participación del presidente Wilson fue recibida de manera muy positiva entre la intelectualidad aliadófila, que lo encumbró como el garante de las libertades y la democracia. Su proyecto estrella –la Sociedad de Naciones– fue interpretado como el punto de partida para la regeneración del sistema de la Restauración, pero este clima de optimismo político pronto fue decayendo.

Los cambios asociados a la Primera Guerra Mundial no desembocaron, para decepción de la aliadofilia, en la definitiva democratización de un régimen que desde 1917 atravesaba una aguda crisis. Esto no significa que se esté negando el poder transformador de un acontecimiento que, como se ha dicho antes, condicionó el devenir del siglo XX. Con el final de la Gran Guerra se inició un intenso debate sobre la sociedad futura (p. 201) La crisis de la democracia liberal, el impulso

de los movimientos revolucionarios (sobre todo después del éxito de Lenin en Rusia) o el auge de los movimientos fascistas no se pueden explicar sin la Primera Guerra Mundial. España, tal y como sostiene Fuentes Codera, ocurrió algo parecido, a pesar de que en España el impacto de la contienda fue, como no puede ser de otra forma, mucho menor. De hecho, el autor alude a una “decepción” general –u “oportunidad perdida”– (p. 213) en la inmediata posguerra, ya que ni se llevó a cabo la ansiada regeneración ni se consiguieron aplacar las protestas de signo nacionalista o revolucionario. El autor, por tanto, insiste en que la Gran Guerra influyó de forma notable en España, entre 1914 y 1918 y también posteriormente.

Esta obra reivindica los puntos de conexión que existieron entre una España aparentemente aislada y el contexto bélico europeo. Por otra parte, también pone en valor el papel que jugó un mundo intelectual que intentó darle un significado a la primera gran guerra del siglo XX. El esfuerzo de Fuentes Codera en sintetizar todas las corrientes de opinión, la posición –no siempre cómoda– del Ejecutivo o el peso creciente de la prensa para conformar una opinión pública, ha dado como resultado un libro que, sin lugar a dudas, será imprescindible para iniciar nuevas investigaciones sobre los múltiples lazos que existieron entre una España neutral –pero con de-

recho a opinar– y un mundo exterior que empezaba a resquebrajarse.

GUILLERMO J. PÉREZ
CASANOVA
Universidad de Alicante

HEARD, Martha E., *Salir del silencio. Voces de Càlig. 1900-1938*, Benicarló, Onada edicions, 2013, 216 pp.

L'autora d'aquest llibre és una hispanista romàntica, que com altres nord-americans i nord-americanes tenen la segona residència a Càlig i volen gaudir del nostre clima, de la nostra gent i de la nostra cultura i manera de viure. Martha estima aquestes terres i també el Mediterrani blau, lluminós, tranquil i gens melancòlic com pot ser l'Atlàntic, més gris i revolt.

A lo llarg del seu llibre, l'autora afirma la sort que ha tingut de trobar un poble que li ha contat històries utòpiques del període de la República i de la Guerra Civil, que els seus veïns i veïnes van mostrar en aquell període un compromís ètic i polític per a transformar la societat. Però jo crec que també Càlig ha tingut la sort de comptar amb una americana que al 1978 ja es va enamorar d'aquest entorn i va decidir fer estades temporals, però continuades. La que era filòloga es va convertir en historiadora al parlar amb els veïns i veïnes i començar des de 1988 i 1991-92 –amb les beques

de la fundació Rockefeller i la Fundació Nacional d'Humanitats— a interrogar eixes veus, eixes experiències tant impactants, que ara, amb la publicació del llibre, ixen a la llum. El mateix li va passar a l'historiador francès Pierre Vilar: era geògraf i va vindre a Barcelona en el període de la Guerra Civil i quan va veure l'entusiasme nacionalista dels catalans, va fer la seva tesi sobre els orígens històrics d'aquesta conscienciació.

L'historiador Sánchez Cervelló, de la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, en la presentació de l'obra que ressenyem, fa una lloança molt justa a Martha i comença el seu pròleg amb la mateixa afirmació que hem fet nosaltres: els ciutadans i ciutadanes de Càlig es deuen sentir molt orgullosos de tindre una cronista estrangera tant respectuosa amb els records del poble, tant des de la vessant conservadora com revolucionària, amb l'exercici de una metodologia cuidada, científica i rigorosa, fruit de fer moltes entrevistes amb temps i paciència, durant més de vint-i-cinc anys. Igual que li ha passat a Martha, multitud d'hispanistes han quedat enlluernats per l'experiència revolucionària de la Guerra civil: Gerald Brenan, Ronald Fraser, Paul Preston, Walther Bernecker, Jacques Maurice...

En un recent article publicat per la revista d'Història Contemporània Ayer, l'historiador Luis Martínez del Campo, de la Universitat de Saragossa, ha destacat que els més actius i

influent hispanistes han sigut els anglesos, francesos i nord-americans. Ja al segle XVII i XVIII viatgers procedents de les Illes Britàniques van recórrer Espanya i l'interès per la cultura i les llengües castellana, catalana o gallega van començar amb el Romanticisme. Varies causes van contribuir a aquesta atracció per la cultura hispànica: l'alçament de totes les capes socials d'Espanya contra Napoleó i les seves gestes heroiques. La francesa duquessa d'Abrantes conta en el seu viatge la gesta de Dolores en un poble d'Extremadura, moren el fill i el pare i ella enverina amb el vi a diversos soldats francesos. Un altre motiu és el component exòtic i indòmit dels personatges populars: els bandolers que roben als rics per a donar als pobres; els guerrillers; el torero i la seua valentia; Carme la cigarrera, protagonista de l'òpera de Bizet. Com comenta l'historiador Carlos Serrano es desvetlla "La naturaleza erótica, la singularidad étnica y el colorido propio de la parte subdesarrollada del sur de Europa". Stendhal, Víctor Hugo, Prosper Mérimé, Gautier, Alejandro Dumas, Laborde, Edgard Quinet, Flaubert, George Sand... mostren una fascinació per la cultura espanyola.

En l'actualitat també trobem altres hispanistes romàntiques, com és el cas que vaig llegir en la premsa d'Anna Kemp, anglesa, que viu en l'Alpujarra de Granada i havia aconseguit que tots els veïns i veïnes del poble col·laboraren en la construcció d'un teatre

a l'aire lliure per a representar en estiu i primavera les obres de Federico García Lorca.

Podem situar a Martha en l'ampli llistat de romàntics i romàntiques que els agrada Espanya i els atrau la seva història i cultura. En el llibre de Martha encontrem que li captiva lo local, la màgia, el món mític dels contes de Càlig. Ella comenta que li recorda les històries de la seva àvia sobre la vida rural d'Indiana després de la guerra civil dels Estats Units. En certa manera, en els primers capítols intenta rescatar la cultura oral dels pobles agraris, on no havien llibres en les cases i es codificaven verbalment les experiències. En aquestos primers relats, ens revela la realitat de la misèria, malalties com el còlera, tifus, mortalitat molt temprana i situacions extremes com la dona vídua, amb tres fills, que deixa la xiqueta abandonada en l'estació de Vinaròs perquè no pot alimentar-la.

La gran atracció que Martha sent per l'anarquisme, transformador del món, es mostra en el relat minuciós que fa en diversos capítols de l'arribada de la Segona República i sobretot de la Guerra civil quan afirma que "Al estallar la guerra las ideas se convierten en acciones". Molts veïns i veïnes de Càlig somien en tindre una vida millor, major educació, uns sous més dignes i un món menys competitiu i més preocupat per les necessitats humanes. L'autora desgrana com es va organitzar la col·lectivitat a Càlig

de la mà dels seus amics anarquistes: Amador Bonet, José Manuel Borrás i Joaquín Querol. Intenta demostrar que la violència no la van exercir tots els anarquistes, ni tots els que van muntar la col·lectivitat i altres accions revolucionàries.

La minuciositat científica de Martha fa que contínuament investigue per mitjà de les entrevistes orals els motius de la mobilització revolucionària de Càlig. I apareix la misèria. Els xiquets que arplegaven fem pels camins per a l'adob; les actuacions del cacic; el sou miserable per a les dones que treballen l'ametlla (6 quinzets al dia i 12 hores de treball. En les seves reivindicacions demanen dos pessetes i 8 hores de treball). Davant de la necessitat, moltes famílies emigren a França i comproven com allà la democràcia és més sòlida i la llibertat i els drets naturals són més respectats que a Espanya, l'educació arriba fins i tot a les capes populars. La consciència revolucionària es desenvolupa a França quan veuen el contrast amb Espanya. Per la crisi del 29 han tornat molts de França i quan s'instaura la democràcia en la Segona República creuen que hi ha que començar la revolució.

Martha també troba una altra causa de la mobilització política i és la familiarització amb fullets i llibrets populars anarquistes. "La lectura los hace revolucionarios, y cuando estalla la guerra todos se alistán para defender la República y luchar contra

el fascismo". Un dels protagonistes del llibre, Amador Bonet, conta que repartien revistes pels pobles del voltant (Cervera, Canet, Traiguera) en bicicleta: revistes *Agitación* de Vinaròs, *Tierra y Libertad* de València o *Solidaridad Obrera* de Barcelona. De Màlaga arriben refugiats a Càlig i munten una escola racionalista que els ensenya teories revolucionàries. També l'emigració a Barcelona i altres pobles de Catalunya els ha conscienciat per a passar a l'acció.

En definitiva, l'autora del llibre que ressenyem ens ha donat moltes contestacions sobre els factors que expliquen la gran mobilització que diversos pobles del Baix Maestrat van dur a terme per a canviar una societat que no volien i ens ha presentat les accions que van emprendre per a realitzar la seva utopia.

Hi ha que reconèixer que Martha Heard va ser pionera en l'utilització de les fonts orals. Als anys setanta li van qüestionar aquesta tècnica en algunes universitats d'Espanya. Actualment s'ha demostrat la gran vàlua de la seva pràctica per a conèixer la repressió de les dictadures, la vida quotidiana, el dolor de les guerres o els canvis socials, culturals i la manera de viure de les classes populars en moments revolucionaris. Els invite a que s'endinsin en les transformacions de tot tipus que es van produir durant la Guerra civil a Càlig a partir de diverses entrevistes orals, sempre contrastades amb altres fonts, i que ens

demostra que aquesta font és imprescindible i un privilegi de la Història Contemporània que ens apropa de manera més profunda en les actuacions dels subjectes anònims, que com, a hores d'ara, s'ha demostrat són igual o més importants que els subjectes públics per a comprendre el canemàs de la Història.

ROSA MONLLEÓ PERIS
Universitat Jaume I de Castelló

RAMOS PALOMO, María Dolores (coord.),
Andaluzas en la historia. Reflexiones sobre política, trabajo y acción colectiva, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2012, 182 pp.

En junio de 2012 se organizó en Málaga el cuarto de los talleres científicos que desde febrero de 2011 impulsa el Seminario Permanente de Historia Contemporánea de Andalucía, con el objeto de poner en valor y difundir los resultados de la investigación histórica que se realiza en esa comunidad autónoma. En esta ocasión, la reunión se dedicó a los avances logrados en los estudios de historia de las mujeres y de género, realizados con la premisa de que las diferencias entre lo masculino y lo femenino se construyen histórica, social y culturalmente. Bajo la dirección de María Dolores Ramos, catedrática de la Universidad de Málaga, los textos presentados fueron debatidos por un grupo de especialistas

de varias universidades entre quienes se contaba Mary Nash, pionera a la que tanto debe la historiografía española en esta materia.

Los trabajos discutidos se reúnen ahora en un volumen coordinado también por la profesora Ramos, quien manifiesta que tienen en común subrayar “la necesidad de formular hipótesis innovadoras, de interrogar a las fuentes desde perspectivas diferentes, atrevidas, y de situar a las mujeres en el centro de la historia contemporánea, utilizando, sobre todo, enfoques de género y clase”. Los avances experimentados por estos planteamientos en nuestro país han sido más que notables durante las últimas tres décadas. Aún queda mucho por hacer, pero el camino recorrido arroja un balance extraordinariamente positivo. Y una parte significativa de dicha labor corresponde a profesoras e investigadoras de Andalucía. En esta región, el interés por la historia de las mujeres emergió en la década de 1970, en buena medida ligado a las circunstancias políticas que se vivían, se consolidó en los ochenta y luego se enriqueció en los noventa desde el punto de vista temático, conceptual y metodológico, creando escuelas que llegan hasta nuestros días. En tal proceso, la Universidad de Granada y la de Málaga desempeñaron un papel esencial, secundadas luego por otras.

Andaluzas en la historia es una obra sintética integrada por cinco capítulos que se presentan estructurados

en dos bloques: el primero se dedica al poder y la política; el segundo, al trabajo en los medios urbanos y agrarios.

El capítulo inicial lo ha redactado Gloria Espigado, profesora de la Universidad de Cádiz. Con gran esfuerzo de síntesis, lo que ofrecen estas páginas es un balance de la participación de mujeres en las luchas por ensanchar la ciudadanía desde el liberalismo, el socialismo utópico, la democracia y el republicanismo; en suma, lo que considera “los hitos más significativos del emancipismo femenino decimonónico”. Son las antecesoras de las grandes figuras del librepensamiento de entresiglos, sin las cuales no se pueden comprender bien los orígenes del feminismo en España, porque ocupan un lugar vertebral en el encadenamiento de luchas que desembocan en la exigencia del voto, de la ciudadanía política. Estas mujeres, en palabras de la autora, “iniciaron el camino para recabar las condiciones de individuación necesarias para representarse como sujetos de plenos derechos”. El relato tampoco se olvida de otras mujeres que ciñeron sus escritos al modelo de feminidad representado por el “ángel del hogar” y al género moralizante que le era propio.

Del segundo capítulo se encargan la propia Dolores Ramos y Sofía Rodríguez López, del Grupo Consolidado de Investigaciones Históricas Andaluzas HUM-331, una joven doctora

que ilustra lo que se decía antes: que la tarea comenzada hace más de treinta años la prosiguen admirablemente nuevas generaciones de historiadoras. Lo que presentan es un verdadero estado de la cuestión, sintético pero muy completo para quien necesite un balance historiográfico sobre la acción política y los movimientos de mujeres partiendo de una concepción amplia del poder y de lo político. Se bosquejan las realizaciones de las diferentes universidades andaluzas y también las obras más señaladas de un buen número de especialistas. El texto sugiere, además, varias tareas pendientes o incompletas y periodos que todavía requieren análisis profundos, como la Restauración o la dictadura de Primo de Rivera; de ello podrán tomar nota quienes se planteen acometer una investigación sobre estos temas. Las autoras, que demandan “una historia realmente social”, son tajantes: “queda mucho por hacer”. Particularmente fructífera resulta la conjugación de las categorías de género y clase, que aconseja una relectura de muchos aspectos del movimiento obrero y sindical, donde las trabajadoras se vieron obligadas a demorar sus aspiraciones como mujeres ante los previsibles costes afectivos y de otro tipo.

Encarnación Barranquero aborda en el tercer capítulo la represión franquista. Esta profesora de la Universidad de Málaga combina la síntesis del tema con el balance historiográfico.

Los estudios documentan una represión cualitativamente diferenciada, al infligírseles a ellas castigos específicos: desde el rapado o la ingesta de aceite de ricino, humillaciones de fuerte valor simbólico, a la violación o el fusilamiento. Desaparecidos sus esposos o parientes varones, muchas supervivientes tuvieron que hacerse cargo de la supervivencia familiar, desplegando estrategias que en su mayoría surgieron en espacios femeninos, lo que hizo que se convirtieran en protagonistas. Mientras, el racionamiento devino una herramienta de control político y de dominación. La autora recuerda asimismo la pujanza de algunos estudios, como los relativos a las cárceles o la depuración en la enseñanza. Y, sin dejar de apuntar los obstáculos que halla la investigación, bosqueja también lo realizado y otras posibles líneas de trabajo en las que se puede avanzar, como el número de mujeres asesinadas y las violaciones o presiones sexuales, nunca fáciles de recordar para quienes aún podrían legar su espeluznante testimonio.

Las teorías y la realidad laboral de las mujeres en Andalucía es el objeto del siguiente capítulo, a cargo de Concepción Campos Luque, profesora igualmente de la Universidad de Málaga. Se centra en los siglos XVIII y XIX y arranca con una reflexión que conserva su vigencia en la actualidad: ¿qué es el trabajo? Cuestión relevante, ya que el uso de un concepto reduccionista provocará forzosamente la

invisibilidad de las trabajadoras. La asignación de la reproducción social exclusivamente a las mujeres cimentaba, en dicha época y en otras, las diferencias de género; pero además se escamoteaba su valor, su función económica, ya que sin la esfera reproductiva no se podría entender la de la producción. Ese menosprecio acarrearba consecuencias salariales incluso cuando el trabajo se desarrollaba fuera de casa, algo habitual en el caso de las obreras, cuyas ocupaciones diarias contravenían de hecho el ideal de la domesticidad. Limitar el acceso a la instrucción y a las enseñanzas técnicas era otra forma de perpetuar semejante estado de cosas. Lo que deberá tener en cuenta quien investigue el trabajo de las mujeres es la ocultación que se produce en los censos, bien demostrada por la autora, que subraya la necesidad de buscar pistas o fuentes alternativas que permitan inferir la tasa de actividad femenina, reconstruirla empezando por el ámbito local. No hacerlo originaría consecuencias que van más allá de la historia de las mujeres, porque se “desvirtúan los indicadores económicos en general”.

El último capítulo se aproxima al mundo rural y subraya el papel de las mujeres como agentes de cambio en ese medio. Lo firma Teresa M^a Ortega López, profesora de la Universidad de Granada. En estas páginas se pone de relieve la escasa atención que ha despertado el papel de las campesinas tanto en la historia agraria como en

la de género. El objetivo es mostrar su relevancia como sujetos históricos activos, sociales y políticos, que contribuyeron decisivamente a la transformación de las comunidades rurales y al afianzamiento de la democracia en España. La imagen que se ha venido transmitiendo guarda escasa relación con esto: acomodaticias, expectantes, pasivas... Sin embargo, las hallamos reivindicando el acceso a la formación profesional y la cultura en igualdad de condiciones que los hombres y denunciando la precariedad laboral, la discriminación salarial, la exclusión social, la carencia de recursos y servicios, la falta de asistencia médica, etcétera. Al decir de la autora, “se convirtieron, a veces sin quererlo, en portavoces de los problemas del campo y de los municipios rurales”. Estas páginas, además, son buena muestra de que no estamos ante un libro dirigido exclusivamente a quienes investiguen en Andalucía, ya que también recoge datos valiosos concernientes a otras regiones. Al respecto, destaca el fenómeno de la emigración del campo a la ciudad, un éxodo que se consideraba en esencia masculino. Esto lo pone en duda la autora con sólida argumentación.

En apenas 180 páginas, pues, se traza un estado de la cuestión, se revisan planteamientos y se proponen líneas de trabajo. El cuarto volumen de la colección de *Cuadernos de Andalucía en la Historia Contemporánea* es algo más que un libro divulgativo y

que un trabajo colectivo sobre el caso andaluz. En primer lugar, porque una parte relevante de los datos que contiene desborda ese marco regional. En segundo lugar, porque sugiere hipótesis y orientaciones válidas para quienes investiguen en otras provincias. Al iluminar una parte de lo excluido, la obra cumple uno de los objetivos que señala Dolores Ramos en la introducción: contribuye dentro de sus posibilidades a levantar “una nueva arquitectura del conocimiento”, en el sentido de “replantear los saberes desde una óptica que integre a los dos sexos”.

SERGIO SÁNCHEZ COLLANTES
Universidad de Burgos

AGUADO, Ana; SANFELIU, Luz (eds.),
Caminos de democracia. Ciudadanías y culturas democráticas en el siglo XX, Granada, Comares Historia, 2014, 296 pp.

El concepto de *democracia*, entendido como régimen que apela al desarrollo de libertades civiles y políticas, en el marco de un ideal de identificación entre gobernados y gobernantes se encuentra sujeto a lo largo del siglo XX a continuas reformulaciones, especialmente evidentes cuando nos acercamos a procesos estrechamente vinculados a la construcción histórica de la ciudadanía y su relación con las diversas culturas democráticas. Como

señala Arendt la *ciudadanía* es un proceso de deliberación activa sobre proyecciones identitarias competitivas con el objetivo de establecer formas de identidad colectiva que pueden ser reconocidas, probadas y transformadas en una forma discursiva y democrática. De manera que la noción de *ciudadanía* permite abordar las transformaciones sociales del siglo desde dos perspectivas simultáneas: la construcción de identidades colectivas asociadas al sentido de pertenencia (a una nación, a una comunidad, a una opción política), y como otorgamiento y usufructo de derechos. Evidentemente existen interpretaciones minimalistas de la democracia cuyo correlato es una visión más elitista del concepto. En este sentido Rosanvallon pone de manifiesto que los continuos embates contra el principio rector del ideal democrático conllevan el consiguiente “desencanto democrático” y a su vez interpretaciones más restrictivas del concepto de ciudadanía que en esencia debería fundamentarse en un sentido de igualdad y de superación de las diferencias de toda índole, por la vía de los derechos.

Los conceptos de *democracia* y *ciudadanía* están sujetos, por tanto, al propio devenir histórico, pero su estudio debe adaptarse además a diversos enfoques que incorporen, junto a las tradicionales categorías políticas, aquellas que se fundamentan en aspectos sociales, de clase, de género o

culturales. La interpretación de aspectos tan variados permite comprender qué nivel de compenetración existe entre el ideal democrático y la práctica social. Una construcción de sujetos simbólicos tan amplia en torno a ambos conceptos se convierte así en un sugerente pero a la vez complejo objeto de estudio porque no se trata evidentemente del análisis de un universo social integrado frente a una cultura dominante, construida por los grupos más cercanos al poder y a sus instituciones, sino que es más bien todo lo contrario. Estamos hablando de un universo segmentado, a pesar de que en sus capas más superficiales se presente como un imaginario colectivo, reificado, cohesionado y nítidamente delimitado a partir de los principios que se oponen a las estructuras, valores o prácticas establecidas. Si acercamos nuestro punto de mira podemos observar matices y diferencias que obligan a llevar a cabo una profundización historiográfica que permita poner de relieve las diversas culturas democráticas, vinculadas a lugares, temporalidades y espacios de socialización y sociabilidad determinados y también los referentes identitarios derivados que intervienen en la construcción del concepto de ciudadanía.

El trabajo colectivo *Caminos de Democracia*, coordinado por Ana Aguado y Luz Sanfeliu, puede considerarse una nuevo punto de inflexión y una valiosa aportación en este terre-

no, teniendo en cuenta que el eje que vertebra su coordinación gira en torno a la reflexión sobre el concepto de *ciudadanía* y su vinculación al desarrollo de las diversas culturas democráticas en el siglo XX. Su estructura en tres campos de análisis bien definidos –político, social y género– sin renunciar a una visión holística, contribuye a mostrar un panorama amplio, lleno de matices, sobre los avances y retrocesos de la democratización como producto histórico.

En el primer bloque temático la noción de *ciudadanía* se analiza en el seno de culturas políticas, espacios y tiempos diversos que evidencian la multiplicidad de interpretaciones y derivaciones sociopolíticas que pueden determinarla. Sergio Valero la encuadra en la crisis del socialismo español de los años treinta, derivada del enfrentamiento entre los presupuestos socialistas más clásicos, que abogaban por la revolución y el rechazo del capitalismo y aquellos que aceptaban los nuevos principios propugnados por la socialdemocracia. Por su parte Ana Aguado analiza el desarrollo de la ciudadanía desde una perspectiva feminista en el contexto de la Segunda República. El estudio de algunas de las figuras femeninas más relevantes del socialismo de esos años pone de manifiesto las aspiraciones feministas desde una posición de clase. El trabajo de Aurelio Martí aborda, en ese mismo periodo, la retórica nacionalista adoptada por el socialis-

mo como estrategia de oposición a la CEDA y la consiguiente fractura en su seno, derivada del supuesto internacionalismo inherente al discurso socialista. Desde un marco espacial muy distinto, Aurora Bosch vertebró su trabajo en torno a la transformación del concepto de libertad, democracia y ciudadanía en relación al desarrollo del liberalismo americano y en concreto vinculándola a la Segunda Declaración de Derechos Económicos impulsada por Roosevelt.

La segunda unidad temática se centra en las relaciones de género y su impacto en el desarrollo de la idea de ciudadanía y democracia en varios momentos claves de la historia de España. El estudio realizado por José Ignacio Cruz trata el tema del exilio republicano a través de un recorrido biográfico de cinco maestras valencianas que desde su republicanismo expresaron diversas formas de entender el compromiso político. Igualmente Melani Ibáñez estudia la evolución de las políticas de género entre la Segunda República, momento en el que la ciudadanía política y social de las mujeres adquiere un gran impulso, y los primeros años del franquismo en los que como la propia autora señala tuvo lugar una “contrarrevolución” de género. Vicenta Verdú se centra en el Movimiento Democrático de Mujeres que entre los años sesenta y setenta impulsó la concienciación y politización femenina. En su estudio pone de relieve la confrontación entre dos

visiones distintas del compromiso político ligadas al relevo generacional entre unas mujeres que encuadraban su activismo en el marco de los tradicionales roles de género y una nueva generación de mujeres más jóvenes, que entendían la lucha política en clave feminista. Cierra este bloque el trabajo de Mónica Moreno que se adentra en la trayectoria de mujeres que militaron en partidos de extrema izquierda durante los años setenta y las contradicciones derivadas de su propia evolución. Sus actuaciones se movieron entre un referente revolucionario e internacionalista que daba pleno sentido a su militancia y la necesaria participación en el modelo democrático que se estaba asentando en la España de esos años. A pesar de las contradicciones discursivas resulta evidente su contribución al desarrollo del feminismo en España.

Los trabajos que integran el siguiente apartado temático sitúan el punto de mira en las formas de entender la ciudadanía desde el universo libertario. En este sentido Javier Navarro analiza el surgimiento del movimiento libertario en España y las dos grandes posiciones que marcaron su desarrollo desde la Segunda República hasta el exilio. Su enfrentamiento se materializará en estrategias organizativas distintas, consideradas incluso como dos culturas políticas en el seno del anarcosindicalismo español: por una parte, los ortodoxos o “antipolíticos” frente a los “políticos” o “colabo-

racionistas”. Sin embargo el análisis de Navarro supera esta perspectiva dicotómica y pone de relieve que los cambios de posicionamiento a lo largo del tiempo forman parte de la evolución de una sola cultura política, compleja y plural, lo cual obliga a seguir profundizando en el estudio para romper con la pervivencia de los viejos estereotipos sobre el anarquismo español. El estudio de Ángel Herrerrín también sitúa su objeto de estudio en la evolución del anarcosindicalismo durante la Segunda República y en concreto en el enfrentamiento entre faístas y cenetistas. Los primeros se oponían a la Alianza Obrera como sinónimo de renuncia a las aspiraciones revolucionarias, mientras que la postura que defendían los segundos implicaba un pacto con los socialistas ante el avance del fascismo en Europa y las consecuencias negativas que supondría el triunfo de las derechas en materia de libertades y derechos. José Luis Oyón centra su análisis en una obra de Kropotkin, *La conquista del pan*, con un gran impacto entre los obreros españoles de principios del siglo XX. En ella se presenta un proyecto utópico de sociedad cuya organización parte de la satisfacción de las necesidades básicas como concepto fundante sobre el que se construye la verdadera libertad y la plena realización de los individuos-ciudadanos. El trabajo de Mónica Granell sobre la prensa contracultural en la Transición es el último que integra este bloque.

La autora estudia la evolución de la revista *Ajoblanco* en la década de los setenta, como manifestación contracultural ligada primero al movimiento estudiantil y posteriormente a los sectores más radicales de la ciudadanía, convirtiéndose en la voz de movimientos sociales como el ecologismo o el feminismo.

El último apartado está dedicado a la educación y su vinculación con el desarrollo del concepto de ciudadanía. Se inicia con el trabajo de Luz Sanfeliu que analiza el impulso del proyecto educativo republicano blasquista a través de las Agrupaciones Femeninas Republicanas y su objetivo de construir una ciudadanía activa de las mujeres, durante la segunda República. El desarrollo del mismo se verá determinado por la vinculación del PURA con la CEDA y la consiguiente radicalización de las mujeres blasquistas, muchas de las cuales se alinearon con la Agrupación de Mujeres Antifascistas, poniendo en evidencia la interiorización de las prácticas políticas democráticas. Continúa con el estudio que hace Sara Ramos de las ciudadanas rurales durante el franquismo en el que se exponen las actuaciones de la Sección Femenina cuyo objetivo era consolidar la imagen de la mujer tradicional, vinculada al hogar y la maternidad, pero también fomentar la autonomía y la autosuficiencia de las mujeres campesinas. Asimismo esta organización protagoniza el último trabajo que cierra el

bloque. Su autor es Enrique Bengochea que analiza, en un ámbito espacial muy distinto, la actuación de la Sección Femenina en el Sáhara, después de la provincialización española de 1957 y la consiguiente consideración de los saharauis como “ciudadanos” españoles. En el contexto de una previsible retórica asimilacionista, el objetivo de esta organización fue tratar de asentar en la zona el modelo de feminidad hegemónico de la metrópolis, teniendo en cuenta, no solo las diferencias religiosas sino también de base respecto a al resto de sus “conciudadanas”.

ALICIA MIRA ABAD
Universidad de Alicante

DE LA GRANJA SAINZ, José Luis (coord.),
Indalecio Prieto. Socialismo, democracia y autonomía, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, 248 pp.

La historiografía del movimiento obrero, entendida ésta en sentido amplio, que en general no pasó de ser durante el franquismo sino una historia positivista a la que se le aplicaron unos esquemas ideológicos que partían de concepciones preestablecidas, que provenían, normalmente, de la órbita del marxismo, sufriría una paulatina renovación a partir de los años ochenta hasta llegar a homologarse con las historiografías que en este campo se habían desarrollado en el mundo académico de los países de nuestro entor-

no europeo. Pero, aunque pueda resultar paradójico, la renovación de la historiografía del movimiento obrero se llevaría a cabo en España, al igual que ocurriera fuera de nuestras fronteras, a través de un proceso en el que el peso cuantitativo de dicha historiografía se redujo muy notablemente en relación al conjunto de la historiografía producida. El interés de los historiadores por la temática del movimiento obrero español disminuyó de forma muy considerable y en la actualidad son muy pocos los que a la misma dedican el grueso de su tarea investigadora.

El importante libro que aquí se comenta sobre la vida y la obra de Indalecio Prieto es, en efecto, uno de los escasos trabajos aparecidos en nuestro país en los últimos tiempos que aborda una temática que tiene como referencia el movimiento obrero (pese a que este año pueda ser una excepción dado que se ha producido también la publicación de la biografía de Julio Aróstegui sobre Largo Caballero), aunque desde sus páginas se analizan otros muchos y variados aspectos de una buena parte de la historia de España del siglo XX (fundamentalmente de la de su primera mitad). Y es un libro que se inserta en el quehacer de una historiografía que ha asumido el proceso de renovación antes señalado. Un proceso en el que muchos de los autores que participan en el libro habían tenido un protagonismo más o menos destacado.

El libro es, por lo demás, el resultado de un ciclo de conferencias que se celebró en Bilbao en el mes de febrero del 2012 con el objetivo de conmemorar el cincuenta aniversario de la muerte de Indalecio Prieto en México y que fue coordinado por José Luis de la Granja y Pedro Barruso, profesores del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco. Los autores fueron escogidos entre aquéllos que contaban de antemano con una investigación muy reconocida sobre el tema (no podían ser todos, lógicamente) y el libro se ha terminado por configurar como una excelente síntesis de lo mucho que hoy se puede conocer sobre el líder socialista y su obra. Una síntesis, en suma, que incorpora también en algunos casos aspectos de la obra de investigadores que no forman parte de los colaboradores que la han elaborado.

No fueron pocos, en efecto, los historiadores (algunos extranjeros) que dedicaron desde la década de los setenta muchos de sus esfuerzos investigadores al estudio de la trayectoria vital y política de Indalecio Prieto y que consiguieron generar sobre la misma un conocimiento de gran importancia. Y ello porque se vieron atraídos por una figura histórica que había alcanzado una indudable relevancia. Una figura que tendría un papel muy sobresaliente tanto en el seno del PSOE, que poco a poco pasaría a tener un fuerte peso político en el país, como en la vida institucional. No hay

que olvidar que Indalecio Prieto sería, junto con Largo Caballero y Julián Besteiro, uno de los más destacados dirigentes socialistas sucesores de Pablo Iglesias y que su ejecutoria política se proyectó desde el ámbito local hasta más allá de las fronteras nacionales. Así las cosas, la lista de autores que directa o indirectamente se han topado con su figura en el desempeño de su tarea investigadora supera el elenco de participantes en las páginas de este libro. Nos vienen en este sentido de inmediato a la memoria los nombres de E. Malefakis, P. Preston, J. C. Gibaja, A. Mateos, J. Sánchez Cervelló, J. Aróstegui, O. Cabezas y A. Saiz Valdivieso.

El libro puede de esta forma ser considerado como una biografía sobre Indalecio Prieto que pretende ofrecer, a pesar de ser de realización colectiva, una perspectiva coherente y global del personaje en cuestión. Se articula en torno a 10 capítulos, una introducción, que bien podría ser tenida como un capítulo más, y un prólogo, de carácter introductorio y muy clarificador, del propio coordinador. Toda esta urdimbre responde a la idea de plantear el libro situando al personaje y la acción que llevó a cabo en los ámbitos local (Bilbao), regional (País Vasco), nacional (conjunto de España) e internacional (exilio). El libro destina además un capítulo al legado de Prieto y otro a la Fundación que lleva su nombre. El libro presenta a Indalecio Prieto como un socialista

cuya trayectoria estuvo guiada por una lógica en la que la defensa de la democracia sería un elemento fundamental (la excepción se materializó con su participación en la revolución de octubre de 1934). Un socialista que desde las instituciones democráticas intentó avanzar en el reconocimiento de derechos sociales y la regeneración de España y que afrontó con realismo e inteligencia el problema de la autonomía para el País Vasco.

Indalecio Prieto había nacido en Oviedo en 1883 pero a los siete años abandonó Asturias y, de la mano de su madre, se instaló en Bilbao, una ciudad que estaba experimentando un fuerte proceso industrializador y en la que comenzó a desarrollar su actividad política. Prieto sería, como afirma J. P. Fusi en su trabajo, un hombre hecho en la capital vizcaína y acabaría representando el espíritu liberal y democrático, una de las culturas más significativas, de aquella y de su área de influencia. La línea política de Prieto, que representaba una opción moderada del socialismo, se enfrentó en Vizcaya a la más radical que representaba Facundo Perezagua y, según indica J. A. Pérez Pérez, lograría sobreponerse de forma nítida a partir de 1915. Desde algún año antes, no obstante, la capacidad de maniobra de Perezagua en el socialismo vizcaíno se había ido debilitando, a pesar de su importante papel en la huelga de 1910. Prieto se enfrentaría a la tendencia izquierdista del PSOE en la coyuntu-

ra de la creación de la Tercera Internacional y Perezagua se acabaría pasando al PCE. Indalecio Prieto se enfrentó también hasta principios del siglo XX con los republicanos. Pero desde entonces la colaboración con ellos sería una constante apenas alterada de su actuación política. Logró, tal y como mantiene J. Penche, sintetizar ambas culturas y convertirse en las Cortes en el representante del socialismo y del republicanismo local. La Conjunción republicano-socialista de Vizcaya se caracterizó hasta 1917 por una cierta preeminencia de los republicanos pero éstos fueron desde esta fecha a remolque del líder socialista. Éste, según explica P. Barruso, logró proyectar igualmente su influencia en el socialismo guipuzcoano, un socialismo moderado que adoptó en general sus posiciones políticas (no solo en su trayectoria diaria sino también en momentos decisivos, como el que supuso tener que definirse ante la incorporación a la Tercera Internacional).

Indalecio Prieto y los socialistas fueron durante mucho tiempo muy ajenos al mundo nacionalista y se enfrentaron a él. Pero no pasaría desapercibido para ellos el hecho de que desde 1912 los republicanos (algunos) empezaran a pensar en la autonomía. Y, como expone A. Rivera en el correspondiente capítulo, evolucionaron poco a poco incorporando dicho planteamiento y lo hicieron, al igual que los republicanos, reafirmando su espa-

ñolismo. Prieto fue muy consciente desde 1918 de que el tema territorial tenía que ser abordado de frente para poder contrarrestar una posible deriva irredentista del nacionalismo vasco. Prieto, que, al parecer de J. L. de la Granja, sería, junto con Aguirre, el político vasco más relevante, acabaría siendo el impulsor del Estatuto aprobado por las Cortes en 1936. Pero, como insiste de la Granja, el Estatuto fue posible por el acuerdo entre ambos líderes, un acuerdo que contemplaba la autonomía vasca dentro de la democracia española. Aguirre y Prieto llegaron a “confluir desde la discrepancia”, como reza el título del capítulo de L. Mees. El dirigente socialista se esforzó ya en el exilio en evitar conflictos entre sectores diversos pero estuvo condicionado por su animadversión a Negrín y a los comunistas. Con los nacionalistas llegó a “confluir desde la discrepancia”, según reza el título del capítulo de L. Mees. Prieto no estaría de acuerdo en que los socialistas vascos se alejaran del PSOE nacional para que pudieran actuar dentro del ámbito de “obediencia vasca”, como quería el PNV, pero éste entró en la JARE y acabó apostando por la vía monárquica de la opción prietista.

Prieto dio en 1918 el salto a la política nacional. Ese año llegó al Parlamento y fue nombrado vocal de la Ejecutiva del PSOE. Muy pronto destacó en sus denuncias de la campaña militar en Marruecos, se opuso más tarde a la Dictadura y en la República

ocuparía el Ministerio de Hacienda y el de Obras Públicas. Prieto, como resalta A. Martín Nájera, se encontró más cómodo en este último y puso desde él un gran entusiasmo en la política de obras públicas. La llegada de la Guerra Civil le llevó otra vez al Gobierno. Se hizo cargo de la cartera de Marina y Aire en el Gobierno de Largo Caballero y de la de Defensa en el de Negrín. Contribuyó mucho a hacer un auténtico ejército pero consideró desde bastante pronto que la República tenía muy difícil ganar la contienda. No en vano, como explica R. Miralles, tenía datos para ser pesimista.

Indalecio Prieto deja, en fin, un legado que, desde la perspectiva de S. Juliá, está estrechamente unido a la forma como vivió sus experiencias políticas más importantes. Dicho legado, en palabras del propio autor, contendría: “un sentimiento de solidaridad con la clase obrera y de rebelión frente a la injusticia; la primacía de los valores de libertad y democracia como fundamentos del socialismo; las políticas de acuerdos y alianzas de las organizaciones obreras con los partidos de las clases medias por la instauración de la democracia; la pasión por la política y el gobierno como arte de realidades; el reconocimiento del error y la propia culpa cuando de la acción emprendida se ha seguido un desastre que es necesario reparar; la llamada a la piedad a ya la clemencia con el enemigo; y en fin, una vez sufrida la derrota, la política de reconci-

liación con vistas a la reinstauración de un sistema democrático sostenido en la voluntad de los españoles”.

En fin, la valoración globalmente positiva que del libro se ha transmitido al lector en los comentarios realizados hasta el momento no debe suponer el ocultamiento de algunas reservas que ante el mismo se puedan tener. La síntesis que de la trayectoria de Indalecio Prieto representa el conjunto del libro hubiera podido ser completada con una mayor dedicación al estudio de su dimensión nacional e internacional. La estructura del libro está un tanto desequilibrada al potenciar el análisis de la acción política prietista en temas que tienen que ver con asuntos muy centrados en Bilbao y en el País Vasco. Es especialmente notorio en el caso del exilio, tratado solo en un capítulo, lo que necesariamente ha impedido abordar otros posibles aspectos del mismo. El libro peca también de contener ideas excesivamente repetidas. El elevado número de autores que participan y la coherencia que en general mantuvo Indalecio Prieto en su actuación y en su pensamiento político explican este hecho. No parece tampoco muy acertada la colocación del trabajo de Santos Juliá sobre el legado de Prieto al comienzo del libro. La temática que aborda y las reflexiones que el autor desgrana parece que podrían tener un mayor sentido al final de sus páginas.

MANUEL REDERO SAN ROMÁN
Universidad de Salamanca

EIROA SAN FRANCISCO, Matilde, *Isabel de Palencia. Diplomacia, periodismo y militancia al servicio de la República*, Málaga, Atenea. Estudios sobre la Mujer - Universidad de Málaga, 2014, 310 pp.

La biografía que nos ofrece Matilde Eiroa permite seguir profundizando en el siempre interesante mundo de las “modernas” de Madrid, cosmopolitas y cultas, que en los años veinte y treinta, en palabras de Mary Nash, “ocuparon las tribunas públicas, mostraron la capacidad y creatividad femenina en la construcción de la ciudadanía y asumieron el liderazgo político”¹. Esta obra completa la detallada investigación de Olga Paz Torres², otros trabajos sobre aspectos parciales del multifacético itinerario vital de Isabel Oyarzábal y sus propias memorias, ya traducidas³. Una de las aportaciones fundamentales del libro que nos ocupa es el amplio uso de fuentes, en ocasiones no muy utilizadas hasta ahora, dispersas en diversos archivos, como el del Ministerio de

1. NASH, Mary, “Introducción” a NASH, Mary (coord.), *Ciudadanas y protagonistas históricas. Mujeres republicanas en la II República y la Guerra Civil*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2009, p. 16.
2. PAZ TORRES, Olga Paz Torres, *Isabel Oyarzábal Smith (1878-1974), una intelectual en la Segunda República española. Del reto del discurso a los surcos del exilio*, Sevilla, Consejo Económico y Social de Andalucía, 2010.
3. OYARZÁBAL SMITH, Isabel, *He de tener libertad*, Madrid, Horas y Horas, 2010 y *Recoldos de libertad*, Málaga, Alfama, 2008.

Asuntos Exteriores o del Ateneo de Madrid. Eiroa también rescata algunas publicaciones poco conocidas de Oyarzábal y maneja las abundantes colaboraciones en prensa nacional y británica de esta intelectual que fue pionera en muy diversos terrenos, como conferenciante con una notable proyección internacional, inspectora de Trabajo, representante española en la OIT y la Sociedad de Naciones, y embajadora.

La trayectoria fragmentada y polifacética de Isabel Oyarzábal, atravesada de múltiples actividades e intereses, plantea un reto para la narración historiográfica, que se solventa con acierto en el libro al profundizar la autora en cada uno de estos aspectos, conjugándolos de manera apropiada con las etapas más destacadas de su vida. Sin descuidar ninguna de estas facetas, Eiroa no se centra en los aspectos ya más conocidos, como su participación en las principales organizaciones feministas del momento, su experiencia durante la República o el largo exilio en México hasta su fallecimiento en 1974, donde continuó con sus actividades periodísticas, políticas y asociativas.

Por el contrario, en esta biografía se presta especial atención a dimensiones menos tratados en obras anteriores, como el interés regeneracionista de Oyarzábal por el folklore, que difundió más allá de nuestras fronteras, o sus numerosos escritos de ficción y ensayo en los que se aprecia su evolu-

ción ideológica, desde posiciones conservadoras y convencionales a la militancia en el feminismo, el socialismo y en la defensa de la República, en consonancia con un creciente interés social, que reflejó en su novela *En mi hambre mando yo*.

Cabe reseñar, en el mismo sentido, el interés que la autora presta a la labor diplomática de Isabel Oyarzábal como embajadora en Suecia durante la Guerra Civil, donde compartió con Alexandra Kollontai dificultades en un mundo masculino y donde tuvo que lidiar con graves problemas por la falta de medios, la acción de elementos profranquistas y el apoyo del gobierno sueco a la No Intervención, pero donde también participó de las numerosas iniciativas que la población civil de los países nórdicos emprendió en solidaridad con la República.

Como subraya Eiroa, más que aportaciones intelectuales o políticas novedosas, la tarea más destacada de Oyarzábal fue su gran capacidad de difusión de valores progresistas y feministas dentro y fuera del país. Conocida por sus dotes como oradora, subió a la tribuna en incontables ocasiones a lo largo y ancho del territorio nacional e impartió numerosas conferencias en el extranjero, que le llevaron a ser elegida por el gobierno para una gira propagandística por EEUU y Canadá en octubre de 1936, convirtiéndose ante la opinión pública norteamericana en referente de la República en guerra. Como periodista,

publicó en periódicos de tirada nacional muy influyentes como *El Sol* o en revistas feministas como *Mundo Femenino*, y fue corresponsal de diversos medios internacionales.

Isabel Oyarzábal compartió espacios, debates e inquietudes con muchas de las políticas e intelectuales más conocidas de la época, como vicepresidenta del Lyceum Club o presidenta del Consejo Feminista de España. Su bilingüismo y su compromiso social y feminista le acercan a las trayectorias de Margarita Nelken, Lidia Falcón o Constanza de la Mora, con quienes coincidió en asociaciones como la Agrupación de Mujeres Antifascistas. Como muchas de ellas, participó en debates en el seno de foros internacionales feministas y pacifistas, estableciendo lazos con mujeres y hombres progresistas de otros lugares, no solo de Europa sino también de América.

La autora, lejos de la hagiografía, valora con rigor académico la figura que estudia, recalcando sus contradicciones y límites, como el uso de su apellido de casada en su época de militante socialista y feminista. De hecho, a lo largo de la biografía se recurre a los tres nombres que esta intelectual utilizó: el seudónimo periodístico Beatriz Galindo, Isabel de Palencia, denominación por la cual era conocida en los años veinte y treinta, e Isabel Oyarzábal, su nombre real. La misma honradez historiográfica se aprecia cuando se señalan aspectos

que no se han podido desarrollar, por falta de fondos documentales en los que sustentarlos, como sus relaciones con personajes de la política y el feminismo del momento, su participación en el PSOE o su opinión ante las decisiones del gobierno republicano y la marcha de la guerra.

En suma, nos encontramos ante un sólido trabajo que se inserta en la ya abundante bibliografía sobre el tema, que Eiroa maneja con soltura, para presentar la biografía de una destacada intelectual que, como tantas otras, en el primer tercio del siglo pasado creyó posible que la cultura, la tolerancia y la justicia podían mejorar la vida de mujeres y hombres en España.

MÓNICA MORENO SECO
Universidad de Alicante

MONLLEÓ, Rosa; FORNAS, Alfredo; MALL, Iván (eds.), *Biografies rescatades del silenci. Experiències de guerra i postguerra a Castelló*, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2014, 283 pp.

Estem davant d'un llibre que compila les biografies de set persones que van viure un període de ruptura i violència durant la Guerra Civil i el Franquisme a les comarques del nord del País Valencià i que, a més a més, van ser víctimes innocents castigades per

actuacions injustes. És un text col·lectiu que explica els fets més importants en la vida d'aquestes persones i narra les seves experiències a partir dels records enregistrats en diverses entrevistes pel Grup d'Estudis d'Història Local i Fonts Orals que es va formar l'any 1995 a la Universitat Jaume I de Castelló sota la direcció de la doctora Rosa Monlleó.

La primera persona biografiada és Enriqueta Querol Sales nascuda en 1922 a Salzedella, la qual va tenir una vida marcada per l'ideal republicà a les comarques de Castelló. L'autora de la biografia, Rosa Monlleó, en destaca les ganes de viure de la biografiada i la necessitat de fer desaparèixer la pobresa i les guerres amb una narració emotiva i de lectura àgil, que relata els patiments de la vida quotidiana d'Enriqueta marcada per la repressió i la fam.

La segona biografia és la de Concepció Betí Beltrán nascuda en 1918 a Castelló de la Plana, que redacta Iván Medall Chiva. És la història de vida d'una dona que va viure l'alegria de la Segona República de jove, els anys durs de la guerra i la misèria i la pèrdua de les llibertats durant el franquisme. La seua vida va ser una vida de superació i supervivència contra els temps que li va tocar patir.

El tercer biografiat és José de Ramón Torrent nascut a Castelló de la Plana en 1915, un destacat milicià comunista durant la guerra, que va lluitar en les batalles de Madrid, Terol i Llevant com a més destacades, i que

va ser condemnat per un consell de guerra durant el Franquisme. L'autor de la biografia, Vicent Grau Reig, en destaca la seua activitat com a jove comunista en els anys de la Segona República a Castelló i la seua participació com a combatent en els fronts de Terol, Madrid, Andalusia i Castelló. El relat es paradigmàtic per a seguir un combatent que va ser milicià de la Columna Casas Sala, voluntari de la III Brigada Mixta de l'Exèrcit Popular, caporal del Cos de Carrabiners de Castelló i combatent del XIV Batalló de la Brigada de Xoc, etc.; però també per a conèixer la repressió franquista i la capacitat de supervivència i superació de José de Ramón Torrent.

Alfredo Fornas Pallarés és l'autor de la quarta biografia dedicada a Miguel Miravet Doñate, un soldat de 17 anys en el front de Llevant i Extremadura nascut a Eslida en 1920 i reclutat en 1938 en la lleva coneguda com del *biberó*. Fornas dedica una atenció especial a les penúries del soldat en la Batalla de Llevant, les experiències en el front d'Extremadura, el camí del retorn a casa i els difícils anys de la postguerra durant els qual miguel va haver de fer també el servei militar.

La cinquena biografiada és Antònia Fonfría Villaroya nascuda a Borriana el 1915 i infermera durant la guerra a Borriana i Lorca. Aquesta biografia, escrita per Rosa Monlleó, és la història de vida d'una jove que, com moltes joves de la rereguarda republicana, va decidir de fer-se infermera

durant la guerra. El relat és apassionant per les aventures que passà fins els inicis de la postguerra, que la pillà a Múrcia amb una terrible postguerra on la incansable supervivent lluità per tirar endavant.

La sisena és la d'Abelardo Ripoll Segarra nascut a la Salzadella el 1929. Era el major de cinc germans i, durant la postguerra, va haver de fer-se càrrec dels treballs de la família perquè el pare fou empresonat a causa de la repressió franquista. La seua història ens mostra el camí dels refugiats que van abandonar el poble a causa dels combats de la guerra i la vida d'uns xiquets sense el pare empresonat en la postguerra. La biografia se centra en els anys de la guerra i la postguerra amb unes pinzellades breus dels anys posteriors perquè segons l'autor del text, Alfredo Fornas Pallarés, són estos anys foscos els que susciten un major interès.

La setena biografia, redactada per Ivan Medall Chivas, és la del futbolista Antonio Pérez Balada, un porter de fama en el Castelló, l'Atlético de Madrid i el València. Va nàixer a Nules el 1919 i va ser enrolat en la quinta del biberó per a combatre en la Batalla de l'Ebre. Després va travessar la frontera francesa i va passar pels camps de concentració, on va estar sis mesos fins que la família li va aconseguir els avals necessaris per a tornar a Nules. La seua destresa com a porter de futbol li va permetre de viure una postguerra amb menys penúries que altres ex-combatents republicans.

L'objectiu principal d'aquest llibre, que està precedit per una suggerent presentació col·lectiva dels tres editors, és mostrar el camí de la memòria històrica com un instrument perquè els testimoniatges de la història col·lectiva dels castellonencs tinguin la possibilitat de comunicar les seues vivències positives i negatives, recordar i eixir del silenci. Es tracta en definitiva, con titulen el text de la presentació, de demostrar la validesa dels subjectes anònims com a constructors de la Història i la memòria del record.

JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER
Universitat d'Alacant

MONLLEÓ, Rosa; OLIVER, David (eds.),
Vides truncades per la Guerra Civil a Castelló. Entre la repressió latent i la resistència quotidiana, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2014, 337 pp.

El volum que ressenyem és el n° 4 de la col·lecció "Història i Memòria. Testimonis" mantinguda pel Grup d'Estudis d'Història Local i Fonts Orals de la Universitat Jaume I de Castelló que, des de l'any 1995 i sota la direcció de la doctora Rosa Monlleó, enregistra entrevistes de persones de Castelló la vida de les quals va ser truncada per la Guerra Civil i la postguerra. És una prova de que la His-

tòria i la Memòria caminen juntes, perquè es complementen segons afirmen i demostren els autors del text en la presentació del llibre redactada pels editors, Rosa Monlleó i David Oliver.

El llibre compila les biografies de 8 persones elaborades pels investigadors del Grup que dirigeix Rosa Monlleó. La primera està dedicada a les vivències de guerra i postguerra d'una nena, Manuela Fernández Suárez, refugiada a Castelló durant els moments més durs dels bombardejos de la Guerra Civil. Manuela va néixer a Obona, Concejo de Tineo d'Astúries l'any 1927 i era la menor de huit germans d'una família de llauradors. Quan va començar la guerra estava a Madrid a casa d'uns familiars i, pel març de 1937, va ser evacuada cap a Castelló amb una trentena més de nens. Llavors tenia 10 anys d'edat. Hi va viure amb una família d'acollida i és un testimoni molt valuós sobre les vivències de la guerra i la postguerra a Castelló, segons ens demostra l'autora de la biografia, María Amparo Valls Tomàs. La guerra va truncar la seua vida des de petita i va lligar el seu futur a Castelló i a la família d'acollida. Es va casar amb una castellanenc d'aquest grup familiar l'any 1952 i ha tingut cinc fills propis més els que ja cuidava.

Les següents persones biografades són Teresa Vela i el seu fill Manuel Salvador sobre les quals la mateixa Rosa Monlleó redacta un text ric en informació testimonial sobre el racio-

nament i l'estraperlo de postguerra. Teresa va néixer a Alcalà de Xivert l'any 1911 i el seu fill Manuel, el 1936. Teresa va quedar viuda ben jove i tant el testimoni seu com el del fill serveixen per a demostrar que la majoria de l'estraperlo el practicaven les dones. El capítol ofereix també una informació molt interessant sobre les múltiples i molt imaginatives tàctiques per a practicar-lo i sobre els hàbits alimentaris de la postguerra contats per dos testimonis que van regentar una tenda de comestibles.

La quarta biografia és la de Dolores Tortajada Sornichero, la major de quatre germans nascuda el 1914 a Sogorb. L'autora de la biografia, Eva Alcón, ens conta com Dolores cuidava de la mare que patia albúmina i, a través del seu testimoni, ens parla de les dolències habituals de l'època com la tuberculosi i la sarna. És una història de vida que relata la seua adolescència a Sogorb, la percepció dels avanços que va suposar la Segona República per a les dones, els efectes en la seua família de la col·lectivització forçada de les terres promoguda per la CNT en començar la guerra, l'arribada i intensificació dels bombardejos sobre Sogorb l'any 1938 i l'evacuació cap a València, com s'ocupa del fill sense el marit que marxa al front i és empresonat fins que aconsegueix tornar i retornen a les terres castellanques en la postguerra on patiran una repressió psicològica i una vigilància latent.

La cinquena està dedicada a Germán Renau Forcadell, un espia republicà demòcrata del Servei d'Intel·ligència Militar nascut a Castelló el 1920, i la redacta Vicent Grau Reig. L'autor ens conta com va ser la infantesa i joventut d'este socialista republicà, com es va implicar en la FUR i el seu ingrés en el SIM creat l'estiu de 1937 i com va acabar la guerra immers en la tragèdia del port d'Alacant. Les seues vivències el converteixen en un testimoni de primera mà per a conèixer la guerra a Castelló, el procés revolucionari i les experiències traumàtiques dels republicans atrapats en el port d'Alacant i empresonats. Ell mateix en va ser un, que ho va perdre tot a conseqüència de la repressió econòmica i física que va patir.

La sisena biografia l'escriu David Oliver Expósito i està dedicada a Manuel Peirats Ramón, veí i alcalde de Mascarell, que va patir el saqueig de casa fet pels moros en ocupar el poble. Li van llevar fins i tot el vestit de la comunió. Va nàixer el 1927 en una família d'agricultors i recorda els dos primers anys de la guerra al poble de Mascarell com a tranquils amb una vida quotidiana de rereguarda, que contrasta amb l'evacuació esdevinguda en arribar el front al poble l'any 1938. En tornar a casa, van trobar un poble devastat. Ens relata la vida al poble amb les modalitats de repressió patida i la reconstrucció, en la que va destacar fins ocupar l'Alcaldia el 1967.

La setena biografiada és Mercedes Álvares, una joveneta evacuada de Madrid igual que Manuela, però Mercedes era més major i és un exemple de fidelitat al Partit Comunista amb reunions clandestines per a ballar, prendre el bany a Cullera o escoltar Radio Pirenaica durant la postguerra. Els autors del text són els mateixos editors, Rosa Monlleó i David Oliver, els quals destaquen el valor del testimoni de Mercedes perquè és una dona intel·ligent i observadora de la realitat de manera crítica. Va nàixer a Madrid el 1914 i s'hi va educar en un barri benestant. La família estava acomodada i ella sempre ha estat una dona molt elegant i va sobreviure a Cullera com a modista d'èxit durant el Franquisme, amb el qual va ser sempre crítica. El seu pare va organitzar l'evacuació de xiquets de Madrid cap a Llevant i tota la família es va traslladar a Benicàssim en novembre de 1936, primer, i a Cullera el 1938, motiu pel qual Mercedes és un testimoni molt valuós per a conèixer el desenvolupament de l'ajuda humanitària a Benicàssim i Cullera durant la guerra. I també ho és per a la vida de la postguerra a Cullera, on va sobreviure com a modista.

La darrera de les biografies és la dedicada a Vicent Varella Navarro, que treballava per a Salvador Dávalos, l'empresari propietari de diversos cinemes i concessionari del Teatre Principal de Castelló. És un testimoni que ens relata formidablement la repres-

sió patida a Castelló en els espais d'oci de la postguerra. Els autors del text, Fàtima Agut Clausell i Luís Jesus Mediano Moraira, ens expliquen com funcionava la censura a partir del relat de Vicent i la contextualitzen històricament. Vicent va nàixer a Castelló el 1918 i va heretar la ideologia socialista del pare. Quan va començar la guerra tenia 18 anys i es va allistar com a motorista voluntari. Va estar a Brunete i en l'Estat Major de Madrid. L'estiu de 1938 va ingressar en l'Escola d'Aviació de Sabadell i quan va acabar la guerra aconseguí sobreviure tot i la repressió patida pel pare. En les primeres eleccions municipals democràtiques de 1979 va ser elegit regidor pel PSOE a Castelló.

L'objectiu principal d'aquest llibre que recull les biografies comentades és mostrar que la Història i la Memòria caminen juntes perquè es complementen, perquè la memòria històrica també permet una aproximació a la realitat del passat feta des de la construcció social del record. Però no és l'únic, els autors també volen contribuir a tancar la ferida dels vençuts deixant-los parlar i traient a la llum les situacions traumàtiques que van patir. Es tracta de demostrar la validesa dels subjectes anònims com a constructors de la Història i la memòria del record con venen fent els membres del Grup d'Estudis d'Història Local i Fonts Orals de la Universitat Jaume I de Castelló que des de l'any 1995 van començar les seues investigacions plas-

mades en diversos volums com el que ara ressenyem. A més a més, inclouen nombroses fotografies per a donar una visió més completa de la Història i la memòria de la Guerra Civil i el Franquisme amb aquest documents de primera magnitud, que els autors tracten com un document autònom en la construcció de la història.

JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER
Universitat d'Alacant

GARCÍA-ORELLÁN, Rosa, *Carmen Facal. Buscando mis recuerdos*, León, Everest, 2013, 304 pp.

El libro *Carmen Facal. Buscando mis recuerdos*, escrito por la antropóloga Dra. Rosa García-Orellán, funde la biografía de la empresaria Carmen Facal con la de la empresa de su familia, Remolcadores Facal, sita en el puerto pesquero de Pasajes (Guipúzcoa) España. Asimismo, es un recorrido por la historia de este puerto desde el primer tercio del XX, mostrándonos el asentamiento de la inmigración gallega, el auge y declive de la pesca industrial, los cambios en las relaciones intergeneracionales, los cambios sociales, y el alto empoderamiento mostrado por las mujeres.

En este trabajo, García-Orellán vuelve a mostrar su preocupación por cómo se producen las relaciones intergeneracionales, sumergiéndose por tanto en el mundo de la historia. Así

pues, ¿cómo clasificar este libro? ¿relato histórico, trabajo etnográfico, biografía? Lo cierto es que las tres definiciones son válidas y aparecen fundidas en este trabajo. Además, y dentro ya del género biográfico, este trabajo presenta una peculiaridad y un auténtico desafío metodológico, y es la de ser una biografía cuyos recuerdos vienen evocados y rememorados desde las personas del contexto. El trabajo arranca con un relato de cuatro páginas narradas por la propia Carmen, en las cuales ella condensa todo su relato biográfico. A partir de ahí, y ante la imposibilidad de seguir construyendo su memoria, llama a cuarenta y cuatro personas que han recorrido con ella partes de su ciclo vital. Son estas diferentes voces las que le hacen recordar y construir su memoria y por tanto su biografía. Un fantástico ejemplo de la fusión entre memoria individual y memoria colectiva, y que muestra además que la biografía es un género pertinente a la hora de mostrar que la experiencia individual y la experiencia colectiva son dos elementos indisolubles en la experiencia humana.

La metodología de este trabajo es la propia de la historia oral. Un punto de interés de este libro es la polifonía de voces mostrada a la hora de construir este texto biográfico. La autora apenas contextualiza los hechos, sino que deja hablar, desvelando la subjetividad en estado puro, sin analizarla ni tamizarla, ya que su objetivo es

mostrar el ambiente narrado, interpretado por los propios protagonistas. Este aspecto es seguramente lo que más aleja a este trabajo de ser un texto histórico, y más cerca está de ser un texto antropológico. Sin embargo, sí entra en el ámbito de la historia, y en este sentido, resalta el muy original e insólito corpus empírico que puede abrir nuevas reflexiones sobre cómo era la sociedad en los años sesenta y setenta, cómo se configuró la subjetividad de las personas que la vivieron, y por qué se optó por unas opciones políticas, sociales y de comportamiento.

Este trabajo además, supone un doble reconocimiento, tanto social como histórico, a la inmigración gallega en la zona de Pasajes. Por una parte, se muestra cómo se produjo la inmigración gallega al puerto de Pasajes desde los años 30, y cómo este colectivo fue el que mayormente contribuyó al auge de la actividad portuaria. Se resalta así la gran influencia socioeconómica de los y las gallegas en la costa guipuzcoana, llenando así un vacío dentro de la historiografía y la antropología vascas, que no han prestado la debida atención a este tema. Por otra parte, se hace un reconocimiento expreso a las mujeres, olvidadas artífices de empresas y del dinamismo económico que se vivió en Pasajes, como es el caso de la madre y abuela de la biografiada. En este sentido, es interesante observar que no se analizan acciones o proyectos concretos capitaneados por mujeres, sino

que se muestra su subjetividad, cómo se sintieron, cómo percibieron, cómo experimentaron el momento histórico que les tocó vivir. Se muestra así a la mujer desde dentro.

El libro está dividido en cinco capítulos. Las divisiones de los mismos corresponden a los diferentes ciclos vitales de Carmen, los cuales además se funden con la evolución de la empresa familiar, y van acompañados de los cambios sociales, políticos y económicos que se produjeron entonces.

El primer capítulo está consagrado a la infancia de Carmen en los años cincuenta. Eso sí, se retrotrae a la época del asentamiento de la primera emigración gallega en Pasajes —más concretamente en Trintxerpe— durante los años treinta, y a la dura posguerra durante los cuarenta. Los años cincuenta, tal y como aparecen narrados, pueden resultar un tanto diferentes a la visión general que se tiene de este periodo, aunque compartiendo el silencio político al que se abocaba a muchos republicanos, como es el padre José Facal. Los relatos del muelle, en torno al cual gira toda la vida del pueblo y que comienza su despegue económico ahora, nos lleva a un ambiente de abundancia económica. Son los años de mayor afluencia de inmigrantes gallegos, que van a trabajar en los barcos o en sectores relacionados con el puerto. Se muestra además el gran poder de las mujeres a la hora de manejar negocios, de ejercer de prestamistas, todo basado

en unos lazos de confianza. Se nos introduce así en un mundo en el que la vida de las personas pivota sobre una visión de grupo, de lo comunitario.

El segundo capítulo es el de los años sesenta, década de grandes cambios. Por una parte se muestra cómo tímidamente emerge el individualismo y se van deshaciendo los lazos comunitarios que habían prevalecido hasta entonces. El final de la emigración gallega marca otro de los momentos de la década. Además, el despegue económico de los años anteriores consagra a este pueblo como “la ciudad del Dólar”, y el consumo se consolida. El pluriempleo para mantener los niveles de consumo es propio de estos años, cuando comprar la televisión, el frigorífico o un coche es signo de triunfo social. Ese cambio en el perfil del consumo también se muestra en el ocio, ya que comienzan a aparecer tímidamente discotecas y bailes donde la música difiere de la que hasta entonces se escuchaba. Por otra parte, comienzan a emerger preguntas sobre la identidad en la segunda generación, hijos de inmigrantes, que por primera vez comienzan a ir al lugar de origen de sus padres. ¿De dónde es la primera generación nacida fuera de Galicia?, es una pregunta que se han hecho todos los entrevistados con estos orígenes, y que comparten muchos de los hijos de inmigrantes que en aquellos años se movieron a diferentes regiones de España. Otro elemento interesante que se muestra de estos

años sesenta es la diferencia entre la subjetividad de las mujeres, entre aquellas que aceptan e incorporan el discurso del nacionalcatolicismo, y aquellas que no lo hacen. En este sentido, una de las virtudes de este libro es mostrar un amplio espectro de mujeres que no solamente no renuncian a ocupar el espacio público, no convirtiéndose en amas de casa consagradas al cuidado de los hijos, sino que aún teniendo ese rol, serán mujeres profundamente respetadas por el contexto en el que viven.

El tercer capítulo está dedicado a los chicos y las chicas modernas de los años setenta. Es este un capítulo apasionante, donde se muestra la gran apertura que había en Pasajes y lo avanzada que resultaba esta zona. La música rock, los pantalones Levis, una nueva de ocio, y de ver la vida penetrar y permea en muchos jóvenes de estos momentos. Las discotecas modernas, y no ya lo bailes, harán auténtico furor entre estos jóvenes. Son también los años de probar drogas, de experimentar nuevas sensaciones, de trasgredir con el cuerpo mostrando nuevas formas de ver el mundo y de mostrarse al mundo. También es un momento donde tímidamente comienza la liberación sexual, y en este libro se muestra cómo muchas madres dejarán que sus hijas decidan sobre sus prácticas sexuales, sin constricciones ni reprimendas. Esta permisividad enlaza y es coherente con la trayectoria de esas mujeres que nunca habían aceptado el ideal de ama de casa.

El capítulo cuatro se centra en mostrar las dinámicas de la empresa familiar, que en los años setenta inicia su expansión. Se analizan también algunas de las coyunturas económicas que les toca vivir, como la primera crisis del petróleo de 1973, que hunde a algunas de las más consagradas casas armadoras de Pasajes. Por otra parte, estos años comienza un cambio en el comportamiento de los trabajadores de la empresa, que obliga a una metamorfosis de la misma. Además, el final de la flota pesquera y el declive de Pasajes como principal puerto bacaladero de España hacen que Remolcadores Facal se tenga que internacionalizar, comprando nuevos barcos que se adapten al nuevo contexto. Brasil, Buenos Aires o el Índico son nuevos escenarios que nada tienen que ver con lo narrado hasta ese momento. Los desafíos económicos y las nuevas dinámicas del mundo financiero como modelo de productividad son reflexionados en la última parte del trabajo. En definitiva, se muestran los cambios económicos y sociales que se viven en España no solo a nivel interno, por el fin de la dictadura, sino también a nivel externo, con el asentamiento de la globalización y las crisis cíclicas que ésta padece. Se cierra así un recorrido biográfico que se funde con la historia de uno de los puertos pesqueros más importantes del País Vasco, el puerto de Pasajes.

SARA HIDALGO GARCÍA
Universidad de Santiago de Compostela

VILAR, Juan Bautista, *La diócesis de Cartagena en el siglo XX. Una aproximación histórico-sociológica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2014, 153 pp.

La fecunda pluma del profesor Vilar Ramírez nos regala en este libro una sugerente síntesis de nuestra historia eclesiástica contemporánea. Considerando la obra en conjunto, observamos su carácter de aproximación global a una temática amplia y compleja, cuyo detallado tratamiento hubiera requerido un espacio mucho más extenso. Por tanto tiene más de aproximación indicativa, que de estudio terminado que aspire a aprehender e interpretar toda la información disponible al respecto. Con todo, el trabajo no ha dejado de ser ambicioso en cuanto al asunto propuesto, una panorámica histórica que abarca un complicado reto, cual es el devenir de la Diócesis de Cartagena a lo largo de todo el siglo XX. Estructurado en tres bloques, los capítulos conservan por separado su unidad monográfica, aunque están hábilmente dispuestos en una secuencia temática, en torno a tres aspectos fundamentales de la Diócesis: la actuación pastoral de sus obispos, la configuración del clero y la proyección social, y de este modo consiguen sostener, como las columnas de un templo griego, el arquitrabe de la continuada evolución histórica. Esta peculiaridad, unida a la riqueza bibliográfica del estudio convierten al

libro en un excelente instrumento informativo del estado de la cuestión y de las principales aportaciones a la misma.

Otra cualidad del libro viene anotada por el mismo autor cuando nos avisa en la introducción que la historia que nos ofrece no es la descripción pormenorizada de los eventos, sino más bien el planteamiento básico de los problemas más grávidos de resonancias en su tiempo y en la posteridad. Aquí radica una de las originalidades del profesor Vilar, perceptible tanto en ésta como en otras de sus obras, en las que cumple la misión de oteador de nuevos horizontes históricos. No sólo en el sentido del pionero que rotura nuevos campos para posibles investigaciones venideras, sino también del guía experto que, con sus sugerencias, hace reparar en nuevos detalles, enfoques, perspectivas. Esta capacidad de sugerencia –posible sólo ‘ex abundantia scientiae’– suscita la reflexión, el pensamiento. Por ello el lector podrá debatir interactivamente con el libro sobre algunos puntos de vista del autor, pero siempre le encontrará interpelante y cercano. Hallará a un historiador que ante todo hace pensar y que, por añadidura, escribe con brillante elegancia y soltura.

El trabajo, fundamentado en bibliografía especializada y con un aparato crítico basado en documentación de primera mano, no sólo aporta conocimientos nuevos, sino que destaca por su metodología. El autor, en este

sentido analiza la comunidad diocesana aplicando los métodos y criterios que los sociólogos utilizan en el estudio de las colectividades humanas. Pero, con todo, en el libro no se ignora ni se niega al alma de la comunidad cristiana, que es la fe de los creyentes, pero se prescinde de ella en la presentación de las personas eclesísticas o de las instituciones religiosas. Se logra así un aire de libertad, en el que no faltan toques críticos sobre algunas actitudes de los dirigentes que parecen menos conformes con los ideales evangélicos, o sobre algunas costumbres populares contaminadas por una religiosidad aparente, superficial. De todas formas, el investigador alicantino se deja llevar por la vertiginosa épica del sentimiento, es tierno con la debilidad humana y duro con la falta de compromiso. Su obra lejos de un férreo hermetismo y de un tratamiento simbólico, críptico o metafórico se decanta –por el contrario– por un tratamiento epidérmico e inmediato de lo analizado, en el que los seres, los protagonistas de la historia viven entre las páginas del libro.

La obra comienza trazando el marco geográfico y contexto histórico que repercuten en la organización diocesana. La disminución territorial de la diócesis desde el Concordato con el régimen franquista de 1953 produjo un descenso demográfico en los sacerdotes, aunque fue la explosión anticlerical de 1936 (127 eclesiásticos asesinados) la que suscitó el mayor

desastre. El marco histórico queda perfectamente trazado por el autor: en una Europa de entreguerras –la Europa de la guerra civil (Enzo Traverso, etc)– donde la lucha de clases rebrota con virulencia (su agudización es periódica en diversos decenios del siglo XX: mayo del 68, huelgas de los obreros de la Renault en Francia en la misma década, encrespamiento de los conflictos sociales de los años 70), y en la que sin embargo la Iglesia católica soslaya con suma inteligencia las dificultades, no sólo haciendo suyo el mensaje de Cristo, sino también la frase del pintor y poeta visionario romántico británico William Blake de respetar como sagrado todo aquello que tiene vida: en la Baviera soviética, el obispado católico solicita de los feligreses que legitimen el nuevo régimen político, participen en el sistema de elecciones libres vigente, y se presenten a él, con su propio partido, el de los demócratas-cristianos bávaros; en la España donde el hambre de terrenos de cultivo, el desequilibrado reparto de la propiedad de dichas tierras y la existencia de bolsas de miles de jornaleros sin propiedad alguna son la clave de bóveda del principal problema socio-económico, la Iglesia intenta ajustarse a su tarea pastoral, en una sociedad desgarrada entre dos mundos, y donde entre un mundo y el otro surge un muro de desconfianzas, de incompatibilidades, de vigilancias y de represiones.

De hecho la guerra civil del 36 al 39, apuntó el sociólogo Rogeli Duocastella, supuso dentro de la Iglesia española una línea divisoria más profunda aún que la marcada años más tarde por el Concilio Vaticano II¹. Para los católicos más tradicionales, la proclamación de la Segunda República equivalía a una catástrofe². República, en su imaginario, significaba persecución contra la Iglesia. Es por ello que algunos católicos no podían, por tanto, aceptar el nuevo régimen; dicho de otra manera, para ellos fe y republicanismo resultaban difícilmente compatibles en las circunstancias concretas de la España de 1931, en la que República y anticlericalismo van de la mano. Sin embargo, otro sector de la Iglesia, más pragmático, aceptó el nuevo orden constituido. Para ellos, los principios cristianos constituían –en pureza– y en su opinión, el fundamento de una democracia auténtica³. A su juicio, no solamente era lícito, sino exigible, que un creyente respaldara a la naciente República. Con un apoyo activo, no pasivo, ya que estaban en juego la paz y el orden del país. De hecho, la mayoría de los católicos se decantó por esta aceptación

del status quo, aunque sin renunciar a cambiar, desde dentro del sistema, la legislación que se interpretara como hostil a la Iglesia.

El Vaticano, obrando del mismo modo que en Baviera, amparó esta línea de pragmatismo, de cara a pacificar los ánimos y garantizar el mantenimiento del orden. Por el contrario los republicanos, mientras tanto, consideraban que, si se quería modernizar el país, resultaba esencial limitar el poder de la Iglesia. Ésta, a juicio de la izquierda, constituía el gran obstáculo que impedía homologar España con el resto de Europa. Por tanto, había que separarla del Estado, alejarla de los centros educativos y limitar su poder económico. Sin embargo, faltó diplomacia y sentido de las prioridades en la actuación de las fuerzas progresistas. El hispanista Nigel Townson tiene razón cuando señala que se quiso ir demasiado rápido. De 1931 a 1933, los republicanos intentaron alcanzar una separación entre la Iglesia y el Estado que en Francia se había efectuado en veintiséis años, en un contexto de estabilidad constitucional que aquí brillaba por su ausencia. Por otra parte, los políticos franceses dieron muestras de un pragmatismo que contrastaba con la inflexibilidad de sus homólogos peninsulares. Vilar acaba recalando que una explosión anticlerical como la del verano de 1936 fue, en parte explicable, atribuyéndola a la existencia en la diócesis de Cartagena de una masa popu-

1. VV. AA., *La Iglesia católica y la guerra civil (cincuenta años después)*, Madrid, Fundación Dietrich Ebert-Instituto Fe y Secularidad, 1990.

2. Véase RAGUER, Hilari, *La espada y la cruz (la Iglesia de 1936 a 1939)*, Barcelona, Bruguera, 1977.

3. Véase MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, *La Iglesia rebelde*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2013.

lar mayoritaria, presa de la miseria y la ignorancia, diezmada por las endemias y la emigración, y en considerable medida desatendida pastoralmente, que identificaba a un clero distante, rutinario y acomodaticio con la minoría dominante, los caciques tradicionales de la región, unas pocas familias emparentadas todas entre sí que practicaban las grandes virtudes burguesas: la honradez profesional, los vínculos familiares estables, la práctica religiosa, una ética sexual muy rígida, casi victoriana, y el ejercicio de la caridad hacia los pobres. Pero poco sensibles a los grandes problemas estructurales de un mundo en vísperas de revolución, y a los gritos de las grandes masas desfavorecidas pidiendo una sociedad más justa e igualitaria (p. 8).

A partir de ahí, comienza el segundo bloque del volumen, dedicado a los obispos de Cartagena y a su actuación pastoral. Al respecto, el autor es un maestro en el tratamiento de las biografías ambientales. Por ello, la galería de los obispos del siglo XX no carece de una problemática que se quede en las simples semblanzas biográficas, porque en realidad van más allá: ofrecen los datos personales de cada uno y de su estrecha conexión con los momentos políticos, sociales y eclesiales del tiempo en que ocuparon el obispado. Vilar se ocupa no sólo de sus acciones o actuaciones prácticas, sino también de su proyección como escritores, a lo largo de una

labor digamos topológica: de localización de la conciencia espiritual con respecto al pensamiento; de este con respecto a la palabra, y en otros casos a la técnica literaria, y de la palabra respecto al conocimiento y a la labor eclesial como tales. De ese modo, la biografía de los obispos se convierte en el soporte de la historia diocesana.

El primero de los estudiados es Vicente Alonso y Salgado (1902-1931), “entre la tradición y la modernidad” en la España de Alfonso XIII, escolapio gallego, que alentó los fervores corazonistas y marianos, y promovió los círculos obreros en la renovación de las actividades apostólicas. A continuación se pasa a la figura de Miguel Díaz y Gómara (1935-1949), que encarna la etapa del “nacional-catolicismo”, navarro intelectual y publicista, que escapó disfrazado en 1936 y regresó después de la guerra mostrando una sintonía total con el régimen. Son años en la diócesis de Cartagena propios de un contexto de miseria material y moral, de opresión y represión, en que tuvieron lugar con total impunidad abusos de todo tipo, encausamientos y ejecuciones sumarias, o simplemente brutales ajustes de cuentas, ante el silencio de la autoridad eclesiástica, plenamente identificada en esta diócesis con la nueva situación política y que en el mejor de los casos se limitó a ignorar cuanto acontecía en derredor. Una actuación que fue la mayoritaria en ambientes eclesiales españoles del momento y

por la cual la propia Iglesia pediría públicas disculpas años más tarde (p. 29). El siguiente prelado analizado es Ramón Sanahuja (1950-65), entre la involución y el cambio, catalán de origen campesino, conservador como su antecesor, pero más pastoral y humilde, que en sus últimos años, postulado por la enfermedad, alcanzó los comienzos del Vaticano II. Es sucedido por Miguel Roca Cabanellas (1966-78), bajo el signo del Concilio y de la Transición a la democracia, un mallorquín intelectual y aperturista, que se esforzó por acomodarse a los nuevos tiempos, llevando a cabo un nítido distanciamiento respecto del régimen franquista cuando éste tuvo no menos de 30 curas en la cárcel por motivos políticos, negándose siempre a dar su consentimiento para que los procesos contra estos sacerdotes fueran adelante, y que no dudó en enfrentarse a la patronal conservera murciana denunciando los abusos de que eran objeto los trabajadores del sector (elevada proporción de mujeres y menores subcontratados, jornada laboral de hasta 10, 12 y más horas, bajos salarios con recortes ilegales y frecuente ausencia de seguros sociales, pésimas condiciones de trabajo en cuanto a seguridad, higiene, etc.) (pp. 44-45). Toda una sutil y sugerente metáfora de cómo se posiciona la Iglesia católica a partir de los años 60 frente al régimen autoritario franquista y sobre cómo no se produjo la claudicación de la inteligencia creadora fren-

te a la fuerza bruta del régimen surgido de la guerra civil que, usando una lógica fría y correosa, se convertía en imparable apisonadora. La larga historia de los católicos progresistas españoles, desde 1812 y desde sacerdotes de la talla de Diego Muñoz Torrero, el liberal defensor de la Constitución de Cádiz queda así vividamente reflejada.

Se nos invita a pensar, pues, sobre cómo en el seno de la Iglesia los creyentes más contestatarios han buscado desde nuestra primera Constitución la manera de armonizar fe y liberalismo, así como en el siglo XX muchos católicos españoles –bebiendo en este caso del primitivo franciscanismo– han intentado hacer compatible fe y marxismo (adelantándose a los esfuerzos del notable pensador Leonardo Boff, de la Teología de la Liberación o del propio sandinismo nicaragüense de los años 70). Y de hecho en el período de la dictadura franquista, militantes de diversos grupos confesionales se implicaron decisivamente en la oposición al régimen⁴. Los dos últimos prelados analizados son Javier Azagra (1978-98), obispo posconciliar, y Manuel Ureña (1998-2005). El primero es presentado como un pamploés de vocación tardía, animoso impulsor de los decretos conciliares y de medidas valientes que provocaron la oposición de algunos sectores.

Las semblanzas y biografías de estos obispos son encajadas perfectamente en el ambiente de cada época.

4. *Ibid.*

Los problemas que se planteaban en la diócesis eran los mismos que se vivían en la Iglesia en general o en España en particular. Cada obispo los encajaba a su manera de ser y gobernar, con los aditamentos específicamente murcianos de las festividades locales o de las tradiciones populares. El monarquismo episcopal produce la sensación de que la biografía del obispo determina la historia de la diócesis; aunque en el fondo se adivina la presencia del pueblo creyente, que soporta el entramado jerárquico. En este sentido, son semblanzas ambientales las que este libro nos ofrece. El espíritu de cada época se refleja en los obispos. Hasta el punto de que uno se pregunta si es el obispo el que imprime carácter a la diócesis, o es la diócesis, el pueblo cristiano, el que impone el ambiente a sus preladados. Las semblanzas de los obispos se complementan con la atención a tres instituciones eclesiásticas: el cabildo catedralicio, el seminario y las congregaciones religiosas. La primera de ellas, el cabildo con sus dignidades y canónigos, forma la aristocracia del alto clero, una minoría dirigente que influye en el culto y liturgia de la diócesis. El autor resalta la valía de estos hombres, entre los que hubo buenos predicadores y publicistas, y dedica sabrosas pinceladas a los cinco decanos vitalicios, capaces de competir con los obispos o de convertirse en su mano derecha.

El análisis de los sacerdotes diocesanos se fundamenta en el origen

de su formación, en los dos seminarios, mayor y menor. Las tablas estadísticas confirman la abundancia de vocaciones en los años 40, 50 y 60, mientras se apunta al anquilosamiento de los estudios y al rigorismo disciplinar de aquellos años. Las estadísticas descubren el grado de perseverancia de los seminaristas, que, cuando llegaron a sacerdotes, sufrieron el impacto de la secularización posconciliar, especialmente en los años 70. Entre 1964 y 1999 se secularizaron 118 sacerdotes (19,6%). El claroscuro tiene aspectos positivos, como la atención misional, docente o educativa en Iberoamérica, pero el descenso de vocaciones en el último tercio del siglo no deja de ser preocupante. Sobre el clero regular masculino y femenino se ofrece la tabla de 134 comunidades, de las que 107 son de religiosas.

Por último, la proyección social se estudia principalmente a través de las asociaciones de seculares, cuya andadura sigue las pautas cronológicas de la Iglesia española. Tras el paréntesis de la República, siguió el auge de las movilizaciones católicas de la posguerra y la reorganización de las asociaciones, empezando por la Acción Católica. A Murcia llegaron los movimientos apostólicos especializados (HOAC, JOC), pero también llegó la gran crisis que no logró detener el talante conciliador y progresista del obispo Roca. De los 71 sacerdotes comprometidos entonces con el movi-

miento obrero, 34 pidieron la secularización. El investigador alicantino, en este punto, nos recuerda asimismo cómo las manifestaciones de religiosidad fluctúan entre los afanes de renovación y la persistencia de la rutina. El autor se vale de una encuesta de 1970 sobre las prácticas religiosas, y otra de 1989 sobre la religiosidad popular, con resultados no muy halagüeños (p. 98). Así, cuando se analiza el espectro de las procesiones de Semana Santa, las fiestas religiosas anuales más relevantes por la movilización de fieles que conllevan, con mucha finura y perspicacia, los sacerdotes encuestados –dotados asimismo de una visión muy intelectualista de la religión– critican su excesiva secularización, el nulo recogimiento, el ritualismo externo, un cierto culto exterior y vacío, y el afán de figurar y de profana competitividad de los feligreses; en su contra, abogan con sagacidad –parafraseando a ese intelectual marxista, P.P. Pasolini, que con tanto acierto aunó marxismo y cristianismo– por convertir la Semana Santa en algo parecido a una *hierofanía*, una purificación ritual, solemne y austera, mística, de vivencia interior del feligrés. Con todo, Vilar considera que, a finales de siglo XX, el asociacionismo gozaba de buena salud, pues surgieron otros movimientos apostólicos alternativos: Opus Dei, Camino Neocatecumenal, Renovación Carismática y otros varios, más o menos impulsados por la jerarquía eclesial. Entre estos movimientos re-

novadores destaca la creación de la Universidad Católica.

En definitiva, nos encontramos ante un libro de referencia que ante todo integra, selecciona, pauta, y además invita a abrir nuevas investigaciones que arrojen luz sobre cuestiones vinculadas a la construcción identitaria de la nacionalidad española durante el siglo XX. La explicación histórica debe integrar las aportaciones de la historiografía que abren nuevos campos a la reflexión histórica. Debe incluir, por ejemplo, la historia de las religiones y sus aspectos clave de repercusión en la estructuración de la trama social, y esta obra, que tiene el mérito de invitar al pensamiento y a nuevas lecturas, en particular no se ciñe en exceso a las interpretaciones que ajustándose demasiado a lo antropológico, psicológico o espiritual ofrecen un paradigma difícilmente historizable; por el contrario presenta la estructura religiosa no como una célula aislada, sino vinculada a una determinada organización de la producción, a una estructura de clases, es decir nos ofrece una perspectiva de explicación social.

FRANCISCO MANUEL PASTOR
GARRIGUES
IES Sanchis Guarner, Silla, Valencia

RODRIGUEZ BRANCHAT, Rosa, *La construcción d'un mite. Cultura i franquisme a Eivissa, 1936-1975*, Catarroja, Editorial Afers, 2014, 186 pp.

Quan els historiadors escriuen sobre els mites s'ocupen, generalment, de llegendes o explicacions poc verificables que fan referència a herois relacionats amb els temps fundacionals molt llunyans d'un poble. Però Rosa Rodríguez, en la història recent que ha escrit d'Eivissa, demostra que el mite "Ibiza" no és cap fabulació poc creïble, que parla d'uns fets gens verificables, sinó un mite creat i consentit pel franquisme que s'hi ha imposat contra una realitat objectiva –Eivissa– diluïda entre una amalgama de gent hi arribada fruit del turisme de masses.

Rosa és llicenciada en Història de l'Art per la Universitat de Barcelona i doctora en Ciències Socials i Humanitats per la Universitat de les Illes Balears. Viu a Eivissa des del 1982 i la coneix pam per pam. El llibre està basat en la tesi doctoral que l'autora va llegir a la Universitat de les Illes Balears sota la direcció del doctor Antoni Marimon Riutort el 7 de juny de 2013 i és l'essència d'aquella tesi, la qual vaig tenir el plaer de llegir com a membre del tribunal davant el qual la defensà. La publicació que ressenyem ha incorporat les indicacions que li varem fer i ha guanyat en qualitat i contundència a l'hora de demostrar la seua hipòtesi i descobrir aspectes fins ara desconeguts de la història de la cultura de l'illa d'Eivissa per al continentals.

El llibre està dividit en tres capítols perfectament articulats per a demostrar la hipòtesi: En el primer ana-

litza la cultura provinciana des de la Segona República fins la mort dels intel·lectuals legitimadors. S'ocupa de la desaparició de la cultura de la Segona República y estudia la Sociedad Ebusus i la revista *Ibiza*, l'Institut d'Estudios Ibicencos i les activitats i vivències dels intel·lectuals legitimadors: Isidor Macabich i Marià Villan Gómez amb la seua poderosa personalitat. En el segon, ens mostra les claus del desenvolupament d'una cultura cosmopolita com a fenomen peculiar a partir d'una investigació centrada en la presència ininterrompuda a Eivissa durant 30 anys d'artistes i escriptors d'arreu del món, el desenvolupament de les biennals d'art universitari i del Museu d'Art Contemporani i l'arribada posterior dels beatniks i dels hippies, que tindran unes implicacions culturals vitals per al mite Ibiza com a illa de llibertat cosmopolita. El tercer capítol està centrat en les activitats de la intel·lectualitat eivissenca crítica des de l'Institut d'Estudis Eivissencs, amb una tasca cultural valuosíssima per a la catalanitat de l'illa, i el paper fonamental de la tercera època de la revista *Eivissa* encetada en 1972.

El llibre acaba amb unes conclusions contundents on l'autora denuncia que l'Eivissa pertanyent a l'espai de la catalanitat està greument amenaçada per la marca Ibiza de l'hedonisme vacacional que va alimentar el franquisme i que va tenir les seues bases en un estrangerisme heretat i prota-

gonitzat pels intel·lectuals i pintors de la primera meitat del segle XX que hi van arribar d'arreu del món. El text és força interessant no només per al eivissencs sinó sobre tot per als continentals que tenen una imatge de l'illa exclusivament centrada en el mite Ibiza on la llibertat cosmopolita ha contrastat amb la repressió franquista patida pels aborígens.

JOSÉ MIGUEL SANTACREU SOLER

Universitat d'Alacant

CALVEIRO, Pilar, *Política y/o violencia*.

Una aproximación a la guerrilla de los años setenta, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013, 160 pp.

Vivir el miedo, la tortura, el exilio o la pérdida de seres queridos, es siempre doloroso y difícil. Recordarlo en soledad o narrarlo a otros, es volver a sufrir. *Pensar*, en cambio, esos negros años '70 argentinos, desde la memoria propia, intentando entender y explicar *cómo y por qué los muertos* (propios y ajenos), parece ser una tarea necesaria para los sujetos que atravesaron esa experiencia. Tal vez, hasta reparadora.

Por ello, resulta más que valioso tener entre manos un texto que, desde el interior de la militancia en Montoneros, busca analizar "las circunstancias que llevaron al momento de mayor violencia política en la Argentina (...) y el papel que les cupo en ellas a las organizaciones armadas" (p. 11).

Y tanto más, si la mirada crítica se anuncia desde sus primeras páginas.

Pilar Calveiro escribió las líneas de *Política y/o violencia...* durante los años noventa, y las pensó como complemento de *Poder y desaparición...*, su estudio sobre los campos de concentración creados por las Fuerzas Armadas durante el autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional". Que esta segunda parte viera la luz en 1998, mientras que la dedicada a la violencia de la guerrilla tuviera que esperar hasta 2005, es botón de muestra de una de las mayores virtudes del texto reeditado en julio pasado por Siglo XXI. El análisis crítico respecto del rol jugado por las organizaciones político-militares durante aquellos años tuvo que esperar pacientemente a que al menos la mayoría de la sociedad argentina reconociera y condenara el horror de la represión del Estado dictatorial, luego de décadas de lucha de los organismos de derechos humanos. Pensar en tándem la violencia proveniente del poder dominante y la surgida desde los aparatos de resistencia, rechazando la teoría de los dos demonios, pero indagando al mismo tiempo la responsabilidad de los actores políticos nacionales, implica preguntarse "qué nos pasó". Y es eso precisamente lo que se cuestiona Calveiro, abriendo también a sus lectores el interrogante.

Hablar como miembro activo de aquellas organizaciones armadas, como prisionera del infierno de los cen-

tros clandestinos de detención, como sobreviviente del terrorismo de Estado, como exiliada que aún no puede (ni desea, quizás) despertar cada día en su país natal, es otro gran mérito de la autora. Calveiro decide (¿decide?) pensar-se a partir de lo vivido, pero también más allá de esa experiencia, buscando respuestas, explorando en el (su) pasado argumentos que expliquen cómo convicciones tan profundas se convirtieron, casi en un abrir y cerrar de ojos (o en el tiempo que toma cargar el arma o encontrar la pastilla de cianuro en el bolsillo), en tragedias tan dolorosas.

Para ello, la autora organiza su “aproximación a la guerrilla de los años setenta” en dos apartados centrales, precedidos por una apertura explicativa y clausurados por un posfacio pensado y escrito especialmente para esta segunda edición, es decir, 15 años más tarde que el texto original. Las páginas iniciales llevan el título de “Memorias”, queriendo explicar anticipadamente esta palabra las intenciones de Calveiro de acercar un relato que, lejos de ser fiel, aparece como un ejercicio de evocación. Sin embargo, la autora adelanta que no será la suya una “memoria individualizante y privada” que pierda “los sentidos políticos de la acción” (p. 15), sino una que buscará “deshacer y rehacer sin tregua aquello que evoca”, revisitando el pasado como “algo cargado de sentido para el presente” (p. 11).

Desde este punto de partida, entonces, Calveiro inicia su recorrido describiendo, en los cinco capítulos que componen el primero de los apartados, el contexto político y socio-económico en el que (y por el que) surgieron las organizaciones armadas cuyo rol y responsabilidad históricos busca descifrar. Así, comienza su análisis explicando el “mesianismo autocrático” de las Fuerzas Armadas argentinas, que las colocaba constantemente en el lugar de salvadoras de la patria, y las consecuencias que esas intervenciones generaban. La autora define la etapa iniciada con el golpe de 1966 como un período de creciente militarización del Estado, que desplazó lo político del centro de la escena, para colocar en él a la propia guerra, en la que antiguos adversarios devenían ahora enemigos.

El segundo capítulo del apartado, titulado sugerentemente “Segundas partes...”, se adentra en el breve interregno peronista iniciado en mayo de 1973, apuntando la “poca probabilidad” de éxito de la política de unificación nacional propuesta, debido al “grado de conflicto no resuelto, que [aún] persistía, bastante abiertamente, en la sociedad” (p. 43). Definiendo inicialmente esas disputas como “fugas” en el modelo de concertación, Calveiro afirma luego, sin embargo, que las organizaciones armadas (y también los sindicatos) comenzaron rápidamente a perder posiciones en el campo social, dejando avanzar al

poder militar. Logró imponerse entonces una fuerte disciplina, explica la autora, que no tardaría en instalar los campos de concentración y la desaparición de personas como metodología de represión de los grupos *enemigos*. El gobierno de Isabel Perón caía así, “sin sorpresa de nadie” (p. 54).

Los otros tres capítulos que componen el primer apartado, destinado a contextualizar históricamente el análisis posterior, se proponen describir las características del “poder desaparecedor” de las Fuerzas Armadas en el Estado. Esta búsqueda de una “nueva sociedad ordenada, controlada y, sobre todo, aterrada” (p. 56) no se presenta como algo enteramente novedoso para Calveiro, aunque tampoco como una continuación o una repetición exagerada de algo previo. Es parte, según la autora, de la dimensión más íntima de nuestra sociedad, algo gestado a lo largo del tiempo, que aparece y desaparece a través de la historia. “Los golpes de Estado vienen de la sociedad” (p. 59), resume, mostrando y *denunciando* no sólo la complicidad institucional, sino también la convalidación social del maltrato y la subordinación absoluta exigida al interior de las Fuerzas.

El núcleo central de la obra, sin embargo, parece ubicarse en su segundo apartado, titulado “La desobediencia armada”, en el que Calveiro concentra su comprensión crítica del rol histórico de las organizaciones armadas (y, en particular, de Monto-

neros). A lo largo de cinco capítulos, la autora *desmenuza* no sólo el funcionamiento interno de lo que denomina “la más radical y confrontativa” de las “numerosas formas de desobediencia que se practicaron en la sociedad” (p. 77), sino también la participación que les cupo en el *devenir-violencia* de la historia argentina reciente. Respecto a esto último, Calveiro juzga como erradas distintas posiciones y decisiones de los grupos armados en relación a la situación nacional: critica la “táctica de ataque indiscriminado a las Fuerzas Armadas”, que, dice, favoreció “la cohesión de las instituciones militares en torno a la necesidad de producir un golpe de Estado” (p. 82) y hasta al propio foquismo, que pareció saciar a una “generación impaciente”, que comenzó a creer que “la lucha revolucionaria misma podía generar conciencia *per se*, sin necesidad de aguardar a que las condiciones objetivas, materiales, económicas, <maduraran>” (p. 95).

El análisis del funcionamiento interno de las organizaciones armadas, por su parte, se desarrolla en los capítulos tercero y cuarto de este segundo apartado, que Calveiro encabeza de manera contundente con los títulos “Atrapados” y “Una lógica cerrada”. En ellos, la autora revela su faceta sociológica más positivista, al agrupar en categorías los distintos “mecanismos (...) que (...) asfixiaron la práctica” (p. 112) de esos grupos, enumerando pormenorizada-

mente al interior de cada una de ellas los diferentes rasgos, cuya combinación condujo a la tragedia final. Así, 35 páginas condensan el también acelerado pasaje de estas organizaciones desde su valioso y profundo trabajo de base, hacia la urgente priorización de la acción militar, a partir de la construcción de un ejército popular, que igualara, enfrentara y derrotara al regular. Las consecuencias no se harían esperar, afirma Calveiro: el retroceso de aquel espíritu desobediente vería, en la importancia dada a la superflua etiqueta militar, su más inocuo resultado. El fortalecimiento de “los lazos de autoridad en detrimento de los vínculos de compañerismo” (p. 103); “la mentira desde las conducciones”, intencional o no, en relación a la propia fuerza de las organizaciones y su “convicción del triunfo inexorable” (p. 119-120); su centralismo, que impedía la participación de los militantes en la toma de decisiones y disciplinaba el desacuerdo, con penas de expulsión y fusilamiento (p. 129); son observaciones que llevan a la autora a afirmar no sólo que “la descomposición interna estaba bastante avanzada en el momento del golpe militar”, sino también que fueron las armas la que “terminaron por convertirse en una muralla de arrogancia que encubría (...) cierta ingenuidad política” (p. 104).

Es difícil explicar, e incluso comprender uno mismo, el gusto amargo que *se sufre* al terminar la última pági-

na de *Política y/o violencia*. Parece una segunda derrota escuchar (sí, escuchar, porque se leen tonos, gritos y murmullos, en algunos tramos del libro de Calveiro) a una militante de Montoneros decir que fue una doble víctima: de la política represiva de los militares en el poder y de la de su propia organización. Para la Real Academia Española, una víctima es precisamente una persona que padece daño por culpa ajena, pero otra acepción es incluida en el diccionario. Víctima es también aquella persona destinada al sacrificio. ¿Era entonces un *destino* de esos militantes de base el convertirse en *ofrendas* de una *causa*? ¿Era necesaria su inmolación como símbolo de lucha? ¿Quiénes resultaron ser los *elegidos*? ¿Por qué no pudieron evitarse sus muertes, por qué no hubo una reacción social masiva contra la matanza? ¿Cuál es entonces el rol de la memoria hoy, cómo deben recordarse esas muertes? ¿Y sus vidas? ¿Qué nos dejan sus experiencias como aprendizaje para los años que corren?

Calveiro busca responder a cada uno de esos interrogantes, justamente desde ese lugar doblemente agredido. A la inevitable pregunta sobre la permanencia de esos militantes en las organizaciones, a pesar de verse sometidos a aquel verticalismo autoritario, la autora responde que era un pacto de sangre con los compañeros muertos y los “otros” asesinados lo que los mantenía atados a la responsabilidad colectiva. “Atrapados”, dice, en una

“sensación de deuda moral o culta, una construcción artificial de convicciones”, a la que agrega además una dolorosa percepción de “no retorno” (p. 138). En relación a los *elegidos*, tampoco deja dudas sobre la responsabilidad de la conducción, que “retaceó recursos con los que contaba y dejó indefensos a militantes populares que hubiera podido proteger” (p. 126). Y finalmente, respecto del silencio social, Calveiro encuentra sus causas en las nuevas formas que adoptó la política desde mediados de los 60. Aquella “sociedad en constante fuga” (p. 28) que describe al inicio del texto, en referencia a las movilizaciones de aquellos años, hace efectivamente “reaparecer” la política, dice la autora, pero “mutada”, “a pedradas y a tiros” (p. 32).

Ahora bien, encontrar la(s) respuesta(s) sobre el rol actual de la memoria, sobre las formas en las que debe ser recuperada aquella fugaz y profunda militancia político-social, sobre cómo debe ser abordado y comprendido ese período brillante y oscuro a la vez, tiene que incluir necesariamente a las nuevas generaciones. Superando la denuncia, el reproche o el auto-escrache (que Calveiro propone, al inicio de su texto, en referencia a su propia participación, pero que finalmente no logra construir en su argumentación), es probable que los niños de aquellos años y los siguientes hijos de la democracia reelaboremos mejor lo sucedido. La diada

Política y/o violencia que propone la autora es un importante punto de partida. Calveiro concluye que no debe ser negado el núcleo violento de la política, pero que debe exigirse al mismo tiempo un fuerte contrapeso de la ética, que sustituya “el combate por el debate” (p. 150). Lejos de las armas, con las manos libres para escribir, para ser solidarios, para sellar compromisos, nosotros debemos recuperar de aquella política, su militancia. Y construir verdaderas convicciones en amplios sectores de la sociedad, creencias que obliguen a defender lo logrado y a ir por más.

MARÍA FLORENCIA REYES
SANTIAGO
Universidad de Buenos Aires

REQUENA GALLEGO, Manuel, *Diccionario Biográfico de los parlamentarios de Castilla-La Mancha, 1977-2007*, Albacete, Altabán Ediciones, 2013, 448 pp.

En este último cuarto de siglo, los estudios de prosopografía política han experimentado un importante auge en España. Resulta evidente que este hecho aparece vinculado al surgimiento y a la consolidación de un sistema descentralizado de administración que ha generado las élites gubernamentales y parlamentarias más numerosas y diversificadas (en extracción geográfica, social o ideológica) de nuestra

historia contemporánea. Los estudios sobre las élites políticas de la actual monarquía democrática han ido cobrando consistencia a escala provincial o regional, y resultaba previsible la convergencia de esfuerzos a escala estatal como el que, bajo el patrocinio de las Cortes Españolas y la dirección de Mikel Urquijo Goitia, ha derivado en la publicación en 2010 del *Diccionario biográfico de parlamentarios españoles* para la Cortes de Cádiz (1808-1814), y en 2012 de la entrega referida al período 1820-1854.

Pocos historiadores parecen tan preparados como Manuel Requena, catedrático de escuela universitaria en la Universidad de Castilla-La Mancha, para abordar un estudio de esta naturaleza que cubriese la totalidad del ámbito regional. Su profundo conocimiento de los procesos electorales¹ y de la clase política castellano-manchega en perspectiva transecular² le hacen el especialista más adecuado para abordar esta tarea, que ya han

abordado con anterioridad Joseba Agirreazkuenaga para el País Vasco entre 1808 y 1939, Pedro Carasa para Castilla y León durante la Restauración, Aurora Garrido para Cantabria entre 1902 y 2002, Diego Caro Cancela para Andalucía entre 1810 y 1869 o Xosé Ramón Barreiro para Galicia durante todo el período constitucional, entre otros.

El presente libro es, casi en exclusiva, una recopilación de las biografías de los 400 parlamentarios que han representado a las provincias de Castilla-La Mancha entre 1977 y 2007 tanto en las Cortes Españolas como en el parlamento regional, que es una de las cámaras autonómicas con menor número de diputados, a pesar de que ahora se pretenda restringir aún más esta representación. La obra trata, simplemente, de cubrir un vacío documental que ya estaba cubierto en la mayor parte de las regiones, donde se conocen desde hace años los rasgos más destacados del personal político parlamentario de la etapa democrática. Para el caso castellano-manchego,

1. Sin ánimo de exhaustividad, véanse REQUENA GALLEGO, Manuel y IZQUIERDO COLLADO, Juan de Dios, "Estado actual de la investigación electoral en Castilla-La Mancha", *Revista de Estudios Políticos*, 75 (1992), pp. 259-270; SEPÚLVEDA LOSA, Rosa María y REQUENA GALLEGO, Manuel, "Elecciones a Cortes en Albacete durante el Sexenio democrático", *Al-Basit*, 44 (2000), pp. 215-233, y REQUENA GALLEGO, Manuel, "Las elecciones del Frente popular en Albacete", *Al-Basit*, 11 (1982), pp. 27-72 y "La hegemonía liberal en las elecciones a Cortes en el distrito electoral de Hellín, 1918-1923", *Al-Basit*, 26 (1990), pp. 139-149.
2. REQUENA GALLEGO, Manuel, "La clase política y las contiendas electorales en las

provincias de Castilla-La Mancha 1931-1933", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1988, vol. 10, pp.15-37; *Partidos, elecciones y élite política en la provincia de Albacete, 1931-1933*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1991 y "Las élites castellano-manchegas en el período contemporáneo, 1810-1936", en LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis y GARCÍA MARCHANTE, Joaquín Saúl (coords.), *Relaciones de poder en Castilla: el ejemplo de Cuenca*, Cuenca, Eds. de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, pp. 231-250.

ya había esbozos en la obra que yo mismo abordé hace veinte años con Javier Moreno Luzón³, y en el *Atlas Electoral de Castilla-La Mancha* (1976-1993) elaborado en 1994 por la empresa Demoscopia por encargo de la Junta de Comunidades⁴.

Como ya señala el autor en la introducción, la obra no es sino un primer paso necesario para abordar un auténtico estudio prosopográfico, que Requena ya esboza al final del texto que encabeza el libro: escasa continuidad de la representación, bipartidismo claramente dominante en todas las provincias, creciente presencia femenina (casi igualitaria en las actuales Cortes regionales), edad media decreciente de los representantes y mayoría de titulados superiores, con un 36% de abogados que deja entrever una embrionaria profesionalización y burocratización de la actividad política. A ello se podría añadir el creciente arraigo de estos representantes en la vida local y provincial como parte obligada de su *cursus honorum*. A diferencia, por ejemplo, de la Restauración e incluso de la República, el “cunerismo” parece ahora la excep-

ción a una regla universalmente observada, si bien aún pueden detectarse casos flagrantes en el caso del Partido Popular (Rafael Arias-Salgado, Gustavo de Arístegui, Enrique Fernández-Miranda –de quien, sorprendentemente, no se menciona su vinculación paterna con la política–, Luis M. Fraga, Margarita Mariscal de Gante, Ana Palacio, Javier Rupérez o Isabel Tocino) y el Partido Socialista (Gregorio Peces-Barba, Alfredo Pérez Rubalcaba o Virgilio Zapatero).

La relación biográfica se estructura en datos esenciales de índole personal, entorno familiar (a la sazón, resulta muy interesante ver la conexión de muchos representantes –sobre todo de la izquierda– con la ejecutoria política de sus padres o abuelos, que Requena conoce a la perfección), formación académica, militancia partidista y actividades políticas desde el nivel local al nacional o al internacional (como los casos muy relevantes de Manuel Marín o Javier Rupérez), en la doble faceta gubernamental o parlamentaria.

Aunque toda obra de esta naturaleza puede ser perfectible (se podría haber incorporando, por ejemplo, la bibliografía o las fuentes específicas utilizadas para la elaboración de la semblanza biográfica de cada personaje), el presente trabajo es y será un instrumento imprescindible para abordar futuras investigaciones sobre las élites políticas de Castilla-La Mancha.

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA
Universidad Carlos III de Madrid

3. *Elecciones y parlamentarios. Dos siglos de historia en Castilla-La Mancha*, Toledo, Cortes de Castilla-La Mancha, 1993, especialmente su segunda parte y el apéndice nº 5.

4. Toledo, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha/Cortes de Castilla-La Mancha, 1994, 2 vols. Por ese entonces, el consejero delegado de Demoscopia era José Ignacio Wert.